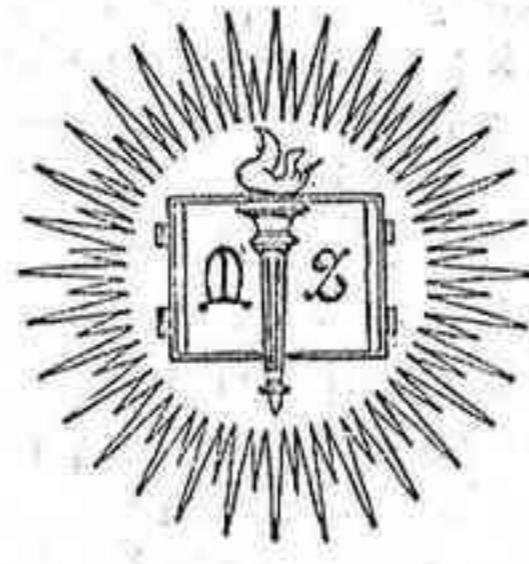


La Ilustración Artística



Año XXI

BARCELONA 2 DE JUNIO DE 1902

Núm. 1.066

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



LEYENDO EL QUIJOTE, cuadro de Antonio Fabrés

premiado con medalla de honor en una exposición recientemente celebrada por la casa Georges Petit, de París

ADVERTENCIA

Con el número 1.068 repartiremos á los señores suscriptores á la **Biblioteca Universal** el tomo segundo de la presente serie, que lo forma la preciosa pastoral ó novela de Bernardino de Saint-Pierre

PABLO Y VIRGINIA

primorosamente traducida por el inspirado poeta y notable literato D. Melchor de Paláu, quien, como dice en el prólogo con que encabeza su traducción, ha procurado «no ser déspota ni esclavo, y conciliar el genio de la lengua castellana con el particular del autor, cuyo estilo cortado difiere no poco de la rotundidad periódica que caracteriza á nuestros clásicos.»

Esta famosísima y con razón encomiada novela, de la cual ha dicho D. Juan Valera «que en ella el pudor y el espiritualismo en los amores se levantan inmensamente por encima de lo que se pinta en *Dafnis y Cloe*,» va ilustrada con once preciosas láminas y más de cien primorosos grabados intercalados, dibujados unos y otras por Mauricio Leloir; está lujosamente encuadrada con una cubierta alegórica, composición de Triadó, y por sus condiciones, tanto literarias y artísticas cuanto materiales, figurará indudablemente entre las mejores publicadas en nuestra Biblioteca.

SUMARIO

Texto.— *Crónica de teatros*, por Zeda. — *El milagro de Santa Cecilia*, por J. Menéndez Agusty. — *La catástrofe de la Martinica*, por G. — *Fiesta palilia en el palatino de Roma*, por X. — *La casa sin casero*, por Juan Tomás Salvany. — *Nuestros grabados*. — *Miscelánea*. — *Problema de Ajedrez*. — *La dote de Pascualina*, novela ilustrada (continuación). — *El globo dirijible de Severo*, por G. E. — *Montaña rusa*.

Grabados.— *Leyendo el Quijote*, cuadro de Antonio Fabrés. — Dibujo de Gili y Roig que ilustra el artículo titulado *El milagro de Santa Cecilia*. — *Tipos de mujeres de la Martinica*. — *Vista general de San Pedro, la ciudad destruida en la Martinica, y del Monte Pelado*. — *Roma. Fiesta palilia celebrada en el Círculo Artístico Internacional. Grupo de mimas*. — *Una litera*. — *Grupo de soldados*. — *Madrid. Fiestas de la jura de S. M. D. Alfonso XIII. Batalla de flores*. — *Revista militar*. — *La lectora*, cuadro de L. Emilio Adán. — *¡A la salud de los novios!*, cuadro de Pablo Salinas. — *Dibujo de Eugenio Burnand*. — *Blanca Iggius*. — *M. Severo*, inventor del globo *Pax*. — *El globo «Pax» y sus restos después del accidente*. — *Montaña rusa en la Exposición Universal de Wolverhampton*. — *Un bautizo en la montaña*, cuadro del malogrado pintor Joaquín Vayreda.

CRÓNICA DE TEATROS

Soy enemigo de toda hipocresía, y por consiguiente, de fingir mentirosas humildades; así es que al decir ahora que me encuentro atajado y cohibido ocupando el puesto que acaba de dejar Eusebio Blasco, no hago uso de un artificio retórico, tan desacreditado y tan ridículo como suelen serlo los exordios de los discursos académicos, saturados de falsa y empalagosa modestia, sino que expreso un fundado temor, nacido de una convicción sincera.

Por fortuna, mi justificada desconfianza hállase compensada por una consideración que contiene evidente verdad. Por bajas que, comparadas con las de Blasco, queden mis crónicas, mi amor propio ha de sentirse libre de toda mortificación. Lo que duele, aunque sea cierto, es verse inferior á los medianos, no á los que tienen tan acreditado mérito literario como mi ilustre antecesor en las columnas de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

Y con lo dicho basta de preliminares.

* *

Forma contraste con la soledad de bancos que reina en el teatro de la Comedia las noches en que se representan «obras serias,» la animación que se advierte cuando la función es de aquellas que no sé por cuál motivo se ha dado en llamar verdes, cuando en justicia deberían designarse con el adjetivo de *rojas*, aunque no sea más que por el rubor que hacen subir á las más curtidas mejillas.

FF, traducción al italiano del *vaudeville* francés titulado *Le remplaçant*, ha sido, hasta ahora, la única obra del repertorio de la Iggius que ha logrado romper el hielo del público de Madrid. Todo el chiste de esta desvergonzada comedia estriba en lo atrevido de las situaciones y en lo libre del diálogo. La verdadera belleza cómica brilla por su ausencia; de arte, ni un grano. Esto no obstante, el segundo acto, que es el más indecoroso, hizo desternillar de risa al escogido público, en el cual, por más que parecía

extraño, abundaban las señoras y no faltaban las señoritas.

Y no se crea que este regodeo de los espectadores y espectadoras es fingido y que no se enteran ó se enteran á medias de lo que en la escena se representa. Nada de eso. Sobre que el italiano es ya familiar al público que asiste á la Comedia, á causa de las muchas compañías que en estos últimos años han pasado por aquel teatro, en obras como *FF* lo de menos es lo que en ellas se dice. Su acción es todo lo expresiva que ha menester para disipar las posibles obscuridades del idioma.

Siendo esto así, no es maravilla que la compañía á cuyo frente figura Blanca Iggius, más digna de alabanza por su arrogante figura y por su lindo rostro que por los primores de su arte escénico, intente atraer al público representando, además del citado *vaudeville*, otros no menos desenfadados y atrevidos, como son *Il mio amore*, *La dame de chez Maxim*, *Le controleur de wagons lits* y alguno más de la misma laya. Al paso que van las aficiones de cierta parte del público, no será extraño que lleguen á ponerse de moda representaciones del género de los mimos y atelanas, que tanto gusto daban á los romanos de la decadencia.

* *

Acontecimiento teatral de verdadera importancia ha sido la inauguración del *Teatro Lírico* con la ópera española *Circe*, música de Chapí y letra de Ramos Carrión. En honor á la verdad, el nuevo teatro es sin duda uno de los mejores de España: soberbio vestíbulo, anchurosa y magnífica sala, iluminación espléndida, escenario, aunque no muy grande, lo bastante espacioso para que puedan representarse en él obras de gran espectáculo; lujo y buen gusto en la ornamentación, y comodidad en las localidades, pasillos y dependencias.

Con todo esto, el teatro Lírico lucha con un grave inconveniente: el público de Madrid es excesivamente apegado á la rutina. Está acostumbrado á acudir á los teatros del centro, y no hay fuerzas humanas que le hagan abandonar el camino trillado. Hace algunos años que se inauguró en la misma calle en que se ha construido el nuevo coliseo el lindo y elegante de la Princesa (en donde días pasados la compañía de María Tubau estrenó con un *succès d'estime* *La Arlesiana*, de Daudet, traducida por Rodrigo Soriano), y á estas fechas aún no ha podido conquistar el favor del público. La gente opina acerca de este teatro lo mismo que Vico, el cual decía que el de la Princesa era el teatro de provincia más próximo á Madrid.

Por esta razón, principalmente, después de la noche de la inauguración, en la cual estuvo lleno de bote en bote el nuevo teatro, se ha visto en las funciones sucesivas poco menos que desierto.

Al hablar del Lírico, forzoso es decir algo de su fundador y dueño, Luciano Berriatúa. Seguramente que mis lectores tendrán cabal noticia de aquellos alquimistas de la Edad Media, que enloquecidos por el anhelo de encontrar la piedra filosofal, echaban en sus hornillos todo cuanto poseían, y si no se echaban ellos mismos á guisa de combustible, era por la sencillísima consideración de que arrojándose al fuego no hubieran podido proseguir sus infundadas investigaciones.

Berriatúa, á fin de ver construido y funcionando su teatro, ha hecho ni más ni menos que aquellos alquimistas. Para realizar su propósito no ha perdonado medio, ni recurso, ni arbitrio, ni sacrificio. Todo, absolutamente todo, lo ha puesto al servicio de su idea, y gracias á su tenacidad inquebrantable ha levantado el nuevo edificio, lo ha decorado regiamente, ha contratado un batallón de artistas, ha comunicado su entusiasmo y actividad á poetas y músicos, y ha logrado, por último, ver descorsarse el magnífico cortinaje de terciopelo y oro del escenario, para que lo más selecto del público madrileño presenciase el nacimiento de la ópera española. Representóse *Circe*, hubo aplausos para los autores, felicitaciones vehementes al empresario, elogios á los cantantes, bombos en la prensa para todos..., pero al día siguiente del estreno no había en el teatro ni doscientos espectadores.

Circe, aun en circunstancias menos atractivas que las que rodearon su aparición en el teatro, merecía ser vista y aplaudida. La música es hermosa y el libro de Ramos Carrión está escrito con arte: el autor lo ha sacado de la comedia de Calderón titulada *El mayor encanto amor*, inspirada á su vez en uno de los más famosos episodios de la *Odissea*. Pero como decían los latinos: *Habent sua fata libelli*. La obra calderoniana fué estrenada con mayor lujo que la de Ramos. Según escribe Pellicer, «se habían he-

cho en el Buen Retiro grandes prevenciones de fiestas para la noche del primer día de Pascua de Pentecostés (12 de junio de 1639): muchas tramoyas de Cosme Lotti, ingeniero; más de tres mil luces, y la susodicha comedia, dentro del estanque grande, en teatro que navegase. Su Majestad y señores de palacio, todo alrededor iban en góndolas oyendo y viendo la representación...» Pero fué el caso que tal máquina y tan gran fiesta viéronse deshechas por una furiosa tempestad... Como se ve, hay asuntos artísticos que tienen lo que los andaluces llaman mala sombra, y *Circe* es uno de ellos: en tiempos de Calderón la *mató* un nublado; en nuestro tiempo la deja morir la indiferencia del público.

Tampoco *Farinelli*, letra de Cavestany, música de Bretón, ha tenido más fortuna. Muchos aplausos la noche del estreno: desvió las noches siguientes. Sin embargo, así Chapí como Bretón han escrito para sus respectivas óperas páginas musicales que honran al arte español.

* *

El público que faltaba en el Lírico sobraba en el teatro de la Zarzuela las noches en que la célebre Sada Yacco se ha dignado darnos á conocer las maravillas de la dramática y declamación japonesas.

Sada y su *troupe* traían el marchamo de París, cuya prensa los puso por las nubes; y es claro, ante aquellos elogios que venían hasta nosotros del otro lado del Pirineo, nos hemos creído en el deber de entusiasmarnos. Quizás sin tales antecedentes, la gente distinguida de Madrid habría pasado por delante de la puerta del teatro de la Zarzuela con la misma indiferencia con que pasaría por delante de una barra-ca de feria.

Claro es que tratándose de un espectáculo cuyo elemento principal es el literario, tengo por punto menos que imposible formar juicio, ni aproximado siquiera, sobre el mérito de las obras representadas ni acerca del poco ó mucho acierto con que los actores y actrices las representan. De lo único que puede juzgarse con algún fundamento es de la parte mímica, sobre todo cuando ésta expresa grandes pasiones, dolores violentos, peleas ó muertes. En todas estas cosas abundan los dramas con que nos ha obsequiado la compañía japonesa. En ellos hay puñaladas, abanicazos, palos, sablazos y puñaladas, todo aderezado con revolcones, volteretas y saltos mortales más propios de saltimbanquis que de cómicos.

En medio de estos vapuleos y zapatetas, destaca la linda figurilla de Sada Yacco, cuyos ojos brillan con extraordinaria fuerza y cuya fisonomía posee asombrosa movilidad. Gracias á ella, logra dar á su cara la espantosa expresión de la agonía con un realismo tal, que la muerte fingida se confunde con la verdadera. A aumentar la trágica impresión que en esos momentos produce sobre el público el descompuesto semblante de Sada Yacco, contribuye el rayo de luz lívida que un poderoso reflector deja caer sobre su cara.

Cuando después de estas escenas de agonía la actriz se presenta en escena á recibir los aplausos del público, tiénese á milagro verla resucitada.

Aparte de este maravilloso modo de morir, todo lo demás del arte japonés que yo he podido apreciar, me parece bárbaro, primitivo y grosero.

* *

Pocas novedades nos ha ofrecido en estos últimos días el género chico. Lo único que merece mención es la obrita en un acto, letra de D. Francisco Tristán y música de D. José Serrano, titulada *La mazorca roja*, con sus puntas y ribetes patéticos, según es uso y abuso de las obrillas en un acto que ahora se estilan, pero muy superior á tanto esperpento semi-bufo y semidramático como se representa en los teatros por horas y que dura en el cartel centenares de noches, á despecho de las más estrepitosas gritas.

Mas los autores de tales despropósitos no se apuran por silbido más ó menos, siempre que el trimestre marche; de modo que, como el personaje moratiniano, «escriben, los silban y vuelven á escribir; vuelven á silbarlos y vuelven á escribir.» Y entre chifidos y protestas va pasando el fárrago de obrillas cuyos títulos embadurnan las anunciadoras de los teatros.

Ahora le ha salido al género chico un enemigo formidable. Cinco salones funcionan ya en Madrid dedicados á lo que los hermanos Quintero llamaron género ínfimo. «Esto matará á aquello.»

ZEDA.



Sofía cayó de rodillas, fluyéndole de los ojos copioso raudal de lágrimas

EL MILAGRO DE SANTA CECILIA

I

Sin duda estaba dispuesto que D. Pascual de la Utrilla fuese el rigor de las desdichas, por cuanto al año de quedarse ciego, un resbalón que dió al bajar la inverosímil escalera de su casa privó del uso de su mano derecha durante muchos meses. La rotura fué tan extraña y nunca vista, que tras de una complicación vinieron dos, y apenas atajadas éstas llovióle otra más grave que las anteriores, pues como cada vez se hallaba el pobre señor más abatido y débil, ocurríale que la pícara enfermedad se ensañaba en él de un modo que movía á lástima. Gracias á que la defensa de su mísero cuerpo estaba principalmente encomendada á su nieta Sofía, la cual no se daba punto de reposo para acudir á todos los sitios donde su presencia podía contener los avances de la dolencia y aun hacerla huir y desaparecer de su vista. Con un valor épico y una actividad infatigable, la pobre niña, que por entonces cumplió los diez y ocho, administraba á su abuelo alimentos y medicinas sin que ni por excepción se faltase un ápice á lo preceptuado por el médico, antes bien se adivinaba el pensamiento de éste y se anticipaban los cuidados á sus prescripciones con una adorable intuición de mujer previsora.

Con el alimento y medicación había que entreverar otra cosa de suma importancia para el ciego, cual era la conversación y lectura de libros y periódicos. Porque ocurríale á D. Pascual que con la rotura del brazo se le acabó su único solaz, más bien apetito espiritual: la música. Sí, señor. D. Pascual de la Utrilla era un gran violinista que antes de quedarse ciego perteneció á una sociedad de conciertos donde conquistara muchísimos aplausos. Por eso, cuando la ceguera le obligó á retirarse á la vida privada, agarróse á su stradivarius como á la única tabla de salvación capaz de irle sosteniendo en aquel gran naufragio de su vida. Con la música distraía el pobre hombre sus interminables ratos de quietud en el sillón de gutapercha, y así, cuando el maldito resbalón obligó á guardar el violín, reducido á forzosa mudez, de sus ojos se desprendían amarguísimas lágrimas, mucho más amargas que las que le hizo verter la cruenta operación á que el médico le sometió.

Para endulzar la ausencia de la música hizo Sofía verdaderos prodigios. De la conversación pasaba á la lectura; de ésta volvía á la charla; y mezclaba con tal arte una y otra á fin de no producir hastío al abuelo, que en más de una ocasión sintióse éste verdaderamente admirado ante aquella sublime habilidad y hubo de traducir la admiración en incapaz besuqueo, bendiciendo á su nieta y jurando

que la quería aún más que al stradivarius, lo que, tratándose del señor de la Utrilla, era querer incomparablemente.

Algunas veces sentía el hombre la nostalgia del valioso instrumento, pero no se atrevía á decir á Sofía que se lo trajera, porque no interpretase la niña aquella petición como aburrimiento de la charla. Entonces ella lo adivinaba, y sin decirle nada colocábale el artefacto sobre las rodillas. D. Pascual suspiraba con visible satisfacción; paseaba la siniestra mano por las dormidas cuerdas y disponíase á seguir escuchando á su nieta, feliz por completo al arrullo de aquellos dos amores.

II

Sofía era en aquella casa cajero, administrador, cocinera, doncella y señorita, sin que tan múltiples y variados cargos le produjesen confusión alguna, pues para todos ellos tenía especiales aptitudes. Del uno pasaba al otro con perfecta conciencia del cambio, y así ocurría que ni uno solo de los quehaceres inherentes al de cajero se enredaba por equivocación con los de cocinera, ni los de ésta con los de administrador de los exiguos bienes de la casa. Cuando se trataba de guisar, ponía la niña sus cinco sentidos en aquella operación, tan dedicada á ella en cuerpo y alma, que no parecía sino que no había nacido para otra cosa. Y asimismo, cuando se abstraía en la parte económica de sus menesteres, parecían su formalidad y buen acierto propios de tenedor de libros ó persona semejante.

Esta variada disposición hizo que durante los primeros tiempos de la ceguera de D. Pascual marchase la casa con seguro rumbo y tranquilo paso; mas cuando á la ceguera acompañó la rotura del brazo y los gastos subieron de punto, no pudo la buena voluntad de Sofía hacer cara al temporal económico, y empezó la nave á cabecear, á perder la ruta y á crujir como si de un momento á otro fuese á saltar en mil pedazos. De todo esto no se percató nunca D. Pascual, á quien el fragor de la borrasca llegaba endulzadísimo por las habilidades de Sofía. Alguna vez que el viejo preguntaba por el estado de las cuentas, acudía la nieta á calmar su zozobra con tan convincente demostración de que todo marchaba bien, que ni por asomo pudo sospechar la terrible y sorda lucha entablada á dos pasos de él entre el vil metal agonizante y la economía desesperada.

Mas, como hemos dicho, la batalla era cosa perdida para Sofía. Agotados los recursos que había en la casa, hubo que echar mano de cierta libreta del Monte de Piedad, y acabado el capital que ésta suponía fué necesario acudir otra vez al susodicho Monte, si bien esta vez llevando á él prendas y alhajas, de las cuales se despidió la niña llorando

en un rincón de la cocina, para que el viejo no se enterase de aquellos supremos manoteos de náufrago perdido en la inmensidad del mar.

También ¡ay! se acabaron los trapos de Sofía y algunos de la pertenencia de D. Pascual, escogidos éstos entre los que él no usaba ni acaso usaría en su miserable existencia. A la nieta no le quedó más que lo puesto... El reloj, dos ó tres pulseras, un vestidito de seda que no había sacado á la calle arriba de tres veces en fiestas solemnes, esto y algo más tuvo que ir al bienaventurado Monte, y hubo un momento de horripilante perplejidad en que á falta de otros efectos, la inspiración de aquella deliciosa mujercita, siempre á caza de medios con que ir tirando, se fijó en un objeto verdaderamente salvador, pero sacratísimo: el stradivarius. Muchos días pensó en esto, es decir, no fueron muchos, porque la cosa apremiaba de un modo cruel, mas sí los bastantes para que padeciese tormentos indescriptibles. ¿Cómo sacar de casa aquel instrumento sin que D. Pascual se enterase? Porque enterarse y morir de pena, hubiera sido obra de minutos. Después de grandes dudas y silencioso lagrimeo sobre la costura, decidió Sofía vender el meritísimo artefacto y comprar en su lugar un violín de poco precio, con lo cual el mísero violinista no se enteraría del cambalache, ya que al tacto le era muy difícil distinguir al falso del verdadero stradivarius. Así como así, el médico no había dado ninguna esperanza de curación; el brazo seguiría roto toda la vida y D. Pascual no volvería á manejar el arco, único modo de poder enterarse de la trágica superchería. Y dicho y hecho. De la venta del stradivarius encargóse una vecina corredora de alhajas, la cual compró un violín de idéntica forma, que ocupó el lugar del ausente sobre las rodillas del ciego y *manirroto* artista, haciéndose la suplantación con una rapidez y discreción maravillosas.

La primera vez que lo acarició, creyendo que era su viejo stradivarius, la faz de la nieta se contrajo con un gesto de sublime dolor, sólo comparable al de la madre de Jesús al pie del leño ensangrentado.

III

Una mañana, mañana inolvidable, dijo el galeno que D. Juan sanaría del roto brazo, y tan completamente, que, no tocar el violín, sino hacer ejercicios de fuerza podría sin ningún riesgo. Ello era sin duda un milagro de la ciencia, una casualidad, un caso nunca visto; mas de una ó de otra forma, muy pronto se verían sus resultados. A Sofía le sonó en los oídos aquella profecía como un trueno amenazador, y á despecho de su cariño por el abuelo, más le sobrecogió que alegró. Es decir, quizás el mucho amor fué causa de su inquietud. Vió claro y cercano el día en que, restablecido D. Pascual, sintiese irre-



sistible el deseo artístico, y sólo de pensar la cara que pondría el viejo al escuchar la vibración agria del falso stradivarius se le erizaban los rubios cabellos y le acometían mortales congojas. En cambio el músico púsose tan contento, que apenas le faltó nada para bailar en medio de la sala. En lugar de esto abrazó á Sofía y la prometió buscarle un novio sin ejemplo, como escogido por él.

La curación fué desde aquel día rápida y feliz. Con la cicatrización del brazo volvió á D. Pascual el buen humor y el apetito. Sentábase á comer muy cerca de Sofía, empeñado en ser él quien la sirviese, ya que durante tanto tiempo actuó la pobrecita de madre y niñera. Ya no cogía el violín; pero encarándose con el sitio en que le suponía colgado, le amenaraba con sonatas, nocturnos y melodías inacabables, para las cuales indudablemente habría acumulado grandes fuerzas durante la larga holganza á que estuvo entregado.

A todo esto, Sofía no encontraba hora de reposo. A medida que la curación adelantaba, íbase sintiendo cada vez más débil y enferma. Diríase que el temor de que el viejo pulsase un día las cuerdas del violín tenía en tensión todas las de su espíritu, sometiendo á terrible tortura. Durante la noche se pasaba horas eternas de rodillas ante una imagen de Santa Cecilia, pidiéndole un milagro para enmendar aquel entuerto de la venta y cambalache del violín, pues no de otra manera podría arreglarse. ¿En qué había de consistir el milagro? No podía precisarlo Sofía, ni tenía fuerzas su cerebro para buscar forma á la anhelada solución divina... Un milagro, el que fuese, para salvarla del temido cuanto inminente trance.

Un día dijo el médico que D. Pascual estaba curado y que al siguiente podría tocar el violín, aunque sin abusar del brazo. Sofía pasó mortales horas de agitación, violentándose terriblemente para que el viejo no se percatase de ello; antes por el contrario, era preciso que la sintiese cantar y bullir por la casa como pájaro joven. La mañana del famoso día D. Pascual levantóse más temprano que de costumbre; peinóse y acicalóse con mujeril esmero y... pidió á Sofía el violín. Con trémulo ademán, como si entregase su cabeza al verdugo, acercóse la niña el instrumento, mientras con los ojos vueltos á la alcoba impetraba de la santa su divina intervención. D. Pascual sonreía con inefable ventura. Apoyó el instrumento en el hombro y se dispuso á templarlo. Sofía cerró los ojos y su rostro adquirió una palidez amarillenta. ¡Ea, ya estaba templado! En la estancia

no se oía más que la respiración del viejo. De pronto, el arco corrió por las cuerdas, y del fingido stradivarius brotaron notas delicadísimas, limpias como de cristal. Haciendo una pausa para dar rienda suelta á su contento, murmuró el vejete con apasionada entonación:

— El mismo, el mismo siempre mi viejo compañero.

Y transfigurado de entusiasmo, prosiguió la sonata con igual limpieza y claridad de notas. Sofía cayó de rodillas, fluyéndole de los ojos copioso raudal de lágrimas, y así se estuvo largo rato, arrullada por el canto suavísimo del violín, que en algunos momentos parecía tener modulaciones celestiales.

(Dibujo de Gili y Roig.)

J. MENÉNDEZ AGUSTY.



TIPOS DE MUJERES DE LA MARTINICA.

LA CATÁSTROFE

DE LA MARTINICA

El Monte Pelado ha sido causa de la destrucción de San Pedro de la Martinica. A fines del mes de abril habíanse ya observado signos precursores de la catástrofe, y en la noche del 3 al 4 de mayo último entró el volcán en erupción, proyectando una cantidad enorme de lava y ceniza en los campos de las inmediaciones. El día 5, á la una de la tarde, continuó la erupción, y un torrente de fuego descendió por el valle del río Blanco destruyendo fábricas, causando víctimas y haciendo grandes destrozos.

Aquel volcán no había dado señal alguna de actividad desde el año 1851. La isla de la Martinica es de

constitución volcánica, y está atravesada en toda su longitud por una cresta montañosa cuya cumbre principal, la del Monte Pelado, tiene una altura de 1.350 metros; este origen volcánico hace que la isla esté muy expuesta á terremotos, el más desastroso de los cuales fué el de 11 de enero de 1839, que destruyó casi completamente la ciudad de Fort-de-France. En 1851 la perturbación seísmica se manifestó con la producción en el Monte Pelado de dos cráteres, por los cuales se escapó gran cantidad de fango y de ceniza. El suelo de la Martinica es en unos puntos arcilloso, en otros aluvial, de toba, de piedra pómez ó de roca. Es, pues, probable que el lodo predomine en sus erupciones volcánicas. La isla está en este momento en su estación cálida y seca, que empieza en abril y termina en julio; después viene la estación cálida y lluviosa, que empieza en julio y termina en noviembre: esta última es generalmente la de las grandes perturbaciones atmosféricas, durante la cual sobrevienen las mayores vicisitudes meteorológicas y geológicas. Esta vez la exasperación vol-



MARTINICA. — VISTA GENERAL DE SAN PEDRO, LA CIUDAD DESTRUÍDA, Y DEL MONTE PELADO

cánica se ha producido en mayo. Tales han sido los pródomos de la catástrofe. El jueves 7 de mayo, á las seis y media, según testimonio de un oficial del buque *Roraima*, el volcán arrojó de pronto llamas: una especie de huracán de fuego, de lodo y de agua hirviendo cayó sobre la ciudad y sobre la rada, en donde estaban anclados diez y ocho buques, todos los cuales, excepto el *Roraima*, se incendiaron. Un oficial de servicio de este buque fué á tierra: la ciudad no existía; todo había desaparecido en menos de un minuto. Las cenizas fueron proyectadas hasta Fort-de-France, distante unos 20 kilómetros de San Pedro.

Al mismo tiempo se supo que había hecho erupción la sulfatara de San Vicente, pequeña isla inglesa, situada á 160 kilómetros de Barbados: las detonaciones del volcán se oían en Barbados y las cenizas cubrían una parte de la isla, formando una capa de algunos centímetros de espesor.

La catástrofe de la Martinica es de aquellas que jamás habría podido presumir la imaginación más exaltada. ¡Una ciudad que desaparece en algunos segundos, sepultando entre olas de fuego y bajo piedras ardientes unas 30.000 personas! Este siniestro hace retroceder el pensamiento hasta los períodos prehistóricos. Se ha querido oponer á los horrores de este acontecimiento el caso de Herculano y de Pompeya; pero el año 79 la catástrofe no fué tan repentina como ahora, habiendo podido salvarse una gran parte de sus habitantes. — G.

FIESTA PALILIA EN EL PALATINO DE ROMA

El día 21 de abril de cada año los pastores romanos celebraban la fiesta palilia, en la que rogaban á la diosa Palés que protegiera é hiciera prosperar los rebaños: era una fiesta licenciosa, que se reputaba como celebración del aniversario de la fundación de Roma. En el presente año, el Círculo Artístico Inter-

titud de damas y plebeyos. Cerraban aquel maravilloso cortejo, compuesto de 1.300 personas, los carros de provisiones.

Después de cruzar las ruinas del Palatino, dirigióse la comitiva al Estadio, en donde se había erigido el ara para el sacrificio, y situóse en torno de éste mientras los cantores entonaban el *Carmen Saeculare* de Horacio, con música de Cellini, y se soltaban centenares de palomas mensajeras que simulaban el rito de los arúspices.

En tanto, los sacerdotes habían subido las gradas del ara, acompañados de las vestales, verificando luego el simulacro del sacrificio, después del cual comenzaron los juegos gímnicos, que dieron fin á la fiesta, la cual fué presenciada por el ministro de Instrucción pública, el guardasellos, el alcalde de Roma y otras autoridades y por un públiconumerosísimo.

La reproducción histórica de los diversos grupos fué confiada á artistas tan distinguidos como Pío Piacentini, Ferrari, Héctor Ximenes, Cifariello, Apolloni, Alberti, Reyna, de Benedetti y otros.

La matrona que iba en la litera de los dacios era la hermosa señora Bice Reyna-Mililotti; en el carro tirado por bueyes estaban las señoras de Cifariello, Romagnoli, Mantegazza, Minati y Caselli; representaban las vestales las señoras Piacentini, Van Sterk, Santacroce, Brioschi y Goldschmiedt; la gran sacerdotisa era la señora Scalzi.

Los carros, las literas y las bigas fueron construídos bajo la dirección del pintor Simonetti, y la mayoría de los trajes eran los que expresamente se confeccionaron para la fiesta romana que hace algún tiempo organizó en Pompeya el comendador Fiorini. — X.

LA CASA SIN CASERO

Hace bastantes años, siendo joven todavía, me hallaba de registrador de la propiedad en Villahonda, una población de cinco á seis mil vecinos, á la cual, obedeciendo á exigencias de la lucha por la vida, me había enviado la influencia de un antiguo amigo de mi padre. Recién llegado allí, poco hube de tardar en contraer algunas relaciones, entre las cuales se contaban el notario, el médico y don Baldomero, un abogado viudo, sin hijos y ya entrado en años, que en posesión de una regular fortuna, había cerrado su bufete y despedido á sus clientes. Estos tres eran, entre mis amigos de la villa, los más íntimos, y juntos matábamos nuestros ocios de las tardes jugando al tresillo en casa del segundo. En el juego y en la mesa, según dicen, se conoce la educación de las personas, y D. Baldomero, si ello es cierto, resultaba el peor educado de los tres, pues no podía sufrir con paciencia que le diéramos un codillo, y su provocación, en cambio, rayaba en insolencia cuando conseguía darnos una bola. El médico y el notario, cuya consideración y afecto hacia él eran notorios, se reían de sus genialidades y arrechuchos, mientras á mí, sin ambages lo confieso, me resultaba el hombre algo antipático.

Una tarde, cuando más empeñada estaba la partida y cargado



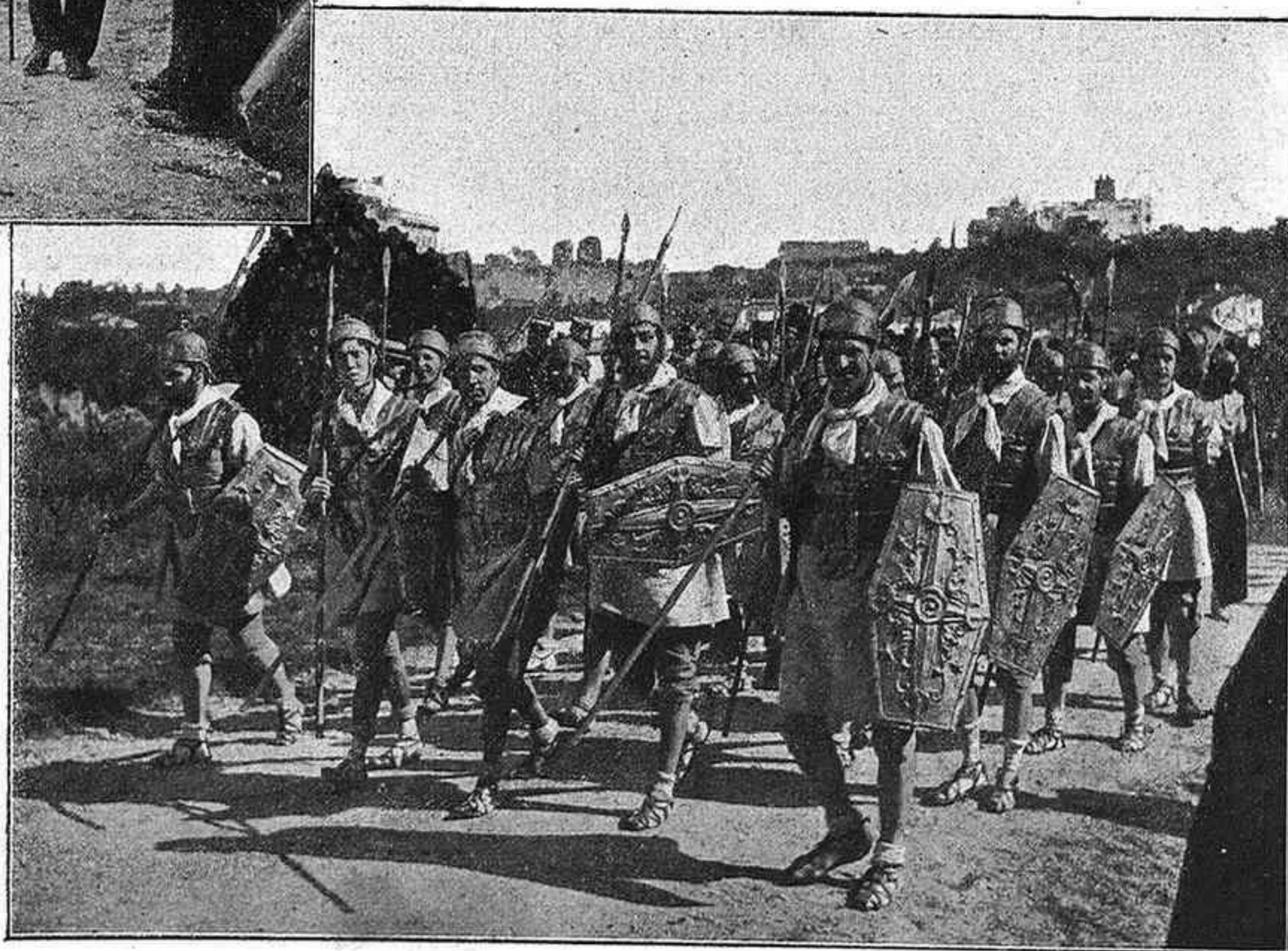
ROMA. — FIESTA PALILIA CELEBRADA POR EL CÍRCULO ARTÍSTICO INTERNACIONAL. — GRUPO DE NIÑAS



ROMA. — FIESTA PALILIA. — UNA LITERA

nacional romano, centro de todas las geniales inventivas, ha organizado un fastuoso cortejo, con el que ha evocado la pasada grandeza de aquella fiesta. Los críticos han encontrado que las telas no eran auténticas y que los patricios no iban vestidos de verdadera púrpura, pero todos han admirado la gran fidelidad de la reconstrucción y reconocido la magnificencia del conjunto formado por jinetes nómadas, pretorianos, trompeteros, portaestandartes, dacios, mímicos, cómicos, cantores, matronas, patricios, niños, sacerdotes, vestales, etc.

Abría la marcha un grupo de jinetes y trompeteros, seguido de soldados, mímicos, gimnastas y matronas, con guirnaldas de hiedra los hombres y de rosas las mujeres. Iban detrás de ellos los cantores y la directora de los coros, personificación del arte, colocada en una litera, los grupos de los patricios, de los esclavos y de las patricias romanas, un carro de heteras, los pretorianos y el cónsul en una biga tirada por esclavos, el portaestandarte, los sacrificadores conduciendo el becerro y los corderos, las vestales, los majestuosos sacerdotes, los jugadores y una mul-



ROMA. — FIESTA PALILIA. — GRUPO DE SOLDADOS

de puestas el platillo japonés, oímos en la plaza, donde se hallaba situada la vivienda del médico, desusada vocería de hombres y mujeres, á favor de la cual llegaron á nuestro oído estas palabras:

— La tía Miseria... Ya no pagará más alquiler... ¡Viva la tía Miseria! ¡Viva la amiga de los pobres!

Nos asomamos á la ventana y vimos una bulliciosa muchedumbre hormiguar á nuestros pies, y sartas y piñas de cabezas llenando los huecos de las ventanas de las casas vecinas á la nuestra. Abajo, el alcalde, empuñando su vara, precedido de una pareja de guardias y seguido de varios concejales, parecía acompañar á una pobre mujer de rostro simpático, pelo entrecano y labios sonrientes, á quien, á su vez, acompañaban dos niños modestamente vestidos, pero con aseo que dentro de su humildad no carecía de elegancia. Unos tras otros, hendiendo la multitud, cruzaron la plaza y se dirigieron á la casa de enfrente, un hermoso edificio de cuatro pisos con muchas ventanas, á cuyas aberturas se veían asomados hombres, mujeres y niños, pobremente vestidos, mas en el semblante de los cuales se pintaban la satisfacción y la alegría. Apenas la comitiva antes descrita se hubo internado en el portal, siguió voceando la muchedumbre:

— La tía Miseria... Van á darla posesión, ya no pagará más alquiler.

— ¿Qué significa eso?, pregunté.

— La casa sin casero, dijo el notario. ¡Ah, es toda una historia!

— Interesante sin duda alguna.

— ¿Quiere usted oírlo?

— Lo deseo.

— ¡Por Dios, D. Anacleto!., balbuceó D. Baldomero, que se había puesto encarnado como un pavo y parecía mirar con disgusto hacia la plaza.

La ceremonia, por lo visto, debió de ser muy breve, porque en aquel momento la comitiva volvió á salir de la casa indicada, y si bien notábase en ella la ausencia de la mujer y de los niños, fué acogida por la multitud con análoga vocería:

— La tía Miseria, la amiga de los pobres y sus hijos... Ya están dentro, ya no pagan alquiler.

— Eso ha terminado; vamos á continuar nuestra partida, observó el médico.

Cerramos la ventana y volvimos á sentarnos en torno de la mesa, sobre cuyo tapete yacían olvidados los naipes y las fichas.

— Pero ¿y la casa sin casero?, proferí.

El médico y el notario se reían, pero á mí me resultó aquel hombre más antipático que nunca.

— Pues, señor, prosiguió el segundo, hará unos diez ó doce años, cierto abogado vino de la Habana á Villahonda, de donde era natural. Había conseguido, trabajando honradamente, reunir una fortuna y venía con deseos de fincarse y acabar aquí sus días. A poco de llegar, vió anunciada la venta de una casa. Nuestro abogado llamó á un arquitecto, mandóle reconocer la finca, y dada ésta por buena, fué á entenderse con el dueño. Puestos ambos de acuerdo y conformes con el precio de cuarenta y tres mil duros, pagaderos al contado, encargaron á un notario la redacción de la escritura. Extendida ésta, leída y conformes también con su contenido la partes contratantes, ya en el acto de firmarla, advirtió el notario un ligero error de copia, que alteraba el sentido de una cláusula, y rogó, en vista de ello, á sus clientes que dejaran para el otro día la formalización del documento, con objeto de mandar que nuevamente se copiase. «Es igual — dijo el abogado — la finca me pertenece desde hoy, y mañana firmaremos.» En ello convenidos, los tres se separaron. Y aquí entra, señores, lo peregrino de esta historia. Aquella misma noche sonó gran clamoreo en Villahonda y tocaron á fuego las campanas de



MADRID. — FIESTAS DE LA JURA DE S. M. D. ALFONSO XIII. — Batalla de flores. Una de las carrozas premiadas (de fotografía de J. Cao Durán)

— ¡Ah, sí!, respondió el notario; se trata de una historia inverosímil, de una de esas historias que le reconcilian á uno con el mundo. Voy á contársela á usted, con permiso de estos señores.

— Y yo, con permiso de ustedes, me retiro, prorumpió D. Baldomero levantándose bruscamente.

— ¿Y las puestas?, advirtió el médico. ¿Olvida usted que tenemos pendientes muchas puestas?

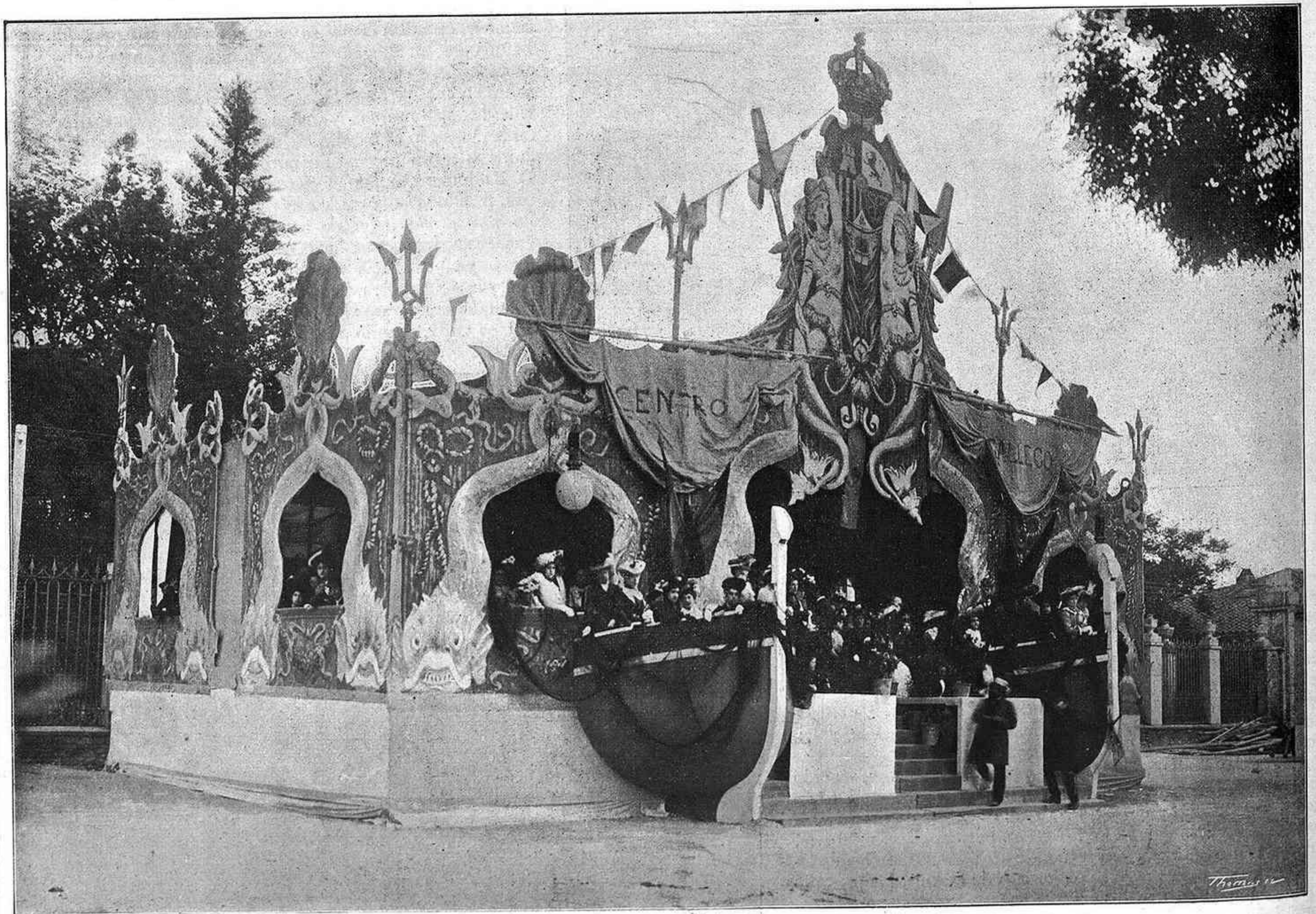
— Me es igual: renuncio á ellas.

— ¿Y la historia?, me aventuré á añadir. ¿Renuncia usted también á oír la historia?

— La conozco, la conozco y me encocora, respondió D. Baldomero con el mismo mal humor de cuando le dábamos codillo.

Y refunfuñando un *buenas tardes*, nos dejó á los tres plantados.

la villa. La casa en venta, una de las mejores de la población, estaba ardiendo por sus cuatro costados. Debido á la malhadada vecindad de un depósito de petróleo, que hubo de arder también, los heroicos esfuerzos de los bomberos, hábilmente secundados por el pueblo y las autoridades, resultaron inútiles, y á la mañana siguiente no quedaba del edificio más que un informe montón de escombros humeantes. Sin embargo, á la hora señalada el vendedor y el comprador comparecieron ante el notario, el primero para declarar que, no existiendo la finca, quedaba sin efecto la escritura; el segundo insistiendo en firmar ésta y en hacer entrega de la suma en el público instrumento consignada. Que si, careciendo de firmas, nada significaba aquel papel; que si su palabra y su conciencia se hallaban por encima de todos

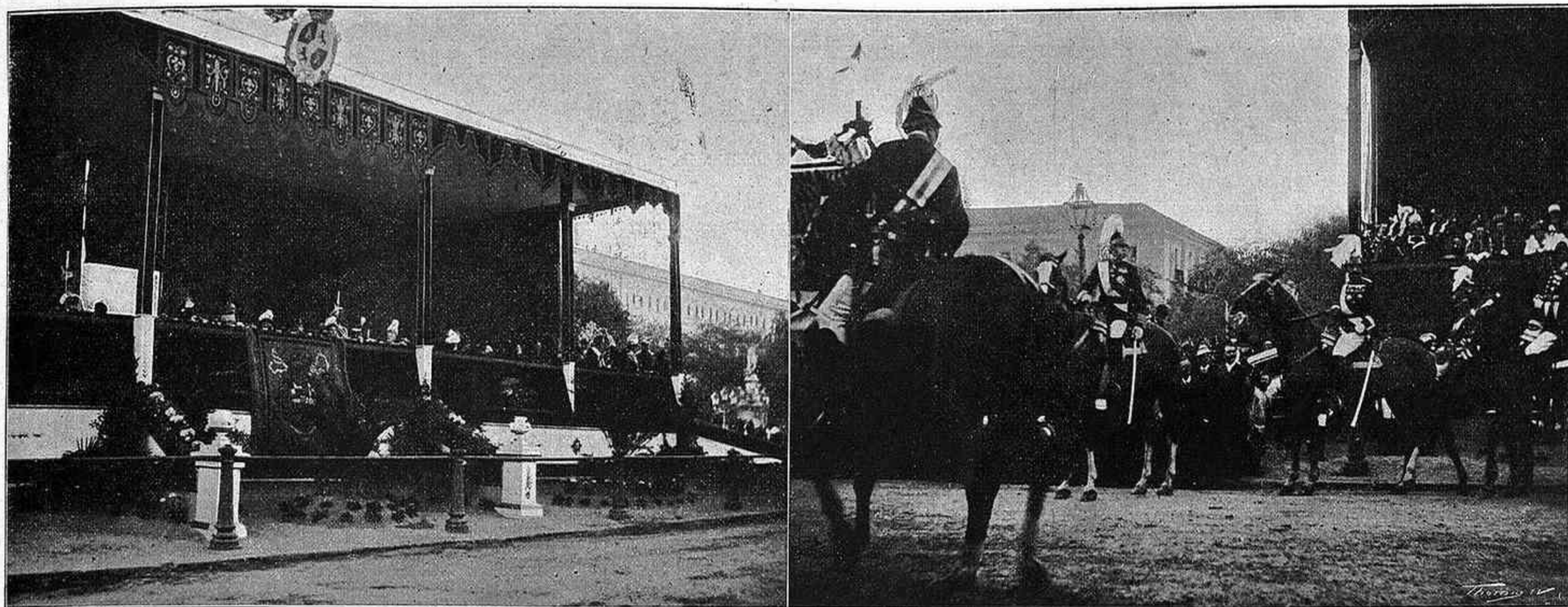


MADRID. — FIESTAS DE LA JURA DE S. M. D. ALFONSO XIII. — Batalla de flores. — La tribuna del Centro Gallego

los papeles inventados y por inventar; que vuelta, y dale, y tijeretas han de ser, pretendiendo cada cual que la casa quemada era la suya, no encontró el notario medio de poner de acuerdo á sus clientes. «Dé usted fe de que he cumplido,» terminó el abogado. Y firmando en un abrir y cerrar de ojos la escritura,

tivos, y cuando ve una lástima, un infortunio, se lo quita de la boca para dárselo á los pobres. Ya, como dicen esas buenas gentes, no pagará más alquiler; ya tienen ella y sus hijos casa gratuita para siempre, á no ser que, no lo permita Dios, se trocaren en vicios sus virtudes; pues el Ayuntamiento, con objeto de

la cual me enteraban de cierto desagradable asunto de familia, me puso en la precisión de ausentarme de Villahonda. Mi ausencia duró algunas semanas, y cuando, ya de regreso, volví á casa del médico, encontré á éste y al notario jugando al ajedrez.
- ¿Qué es eso?, dije, ¿y el tresillo?



MADRID. - FIESTAS DE LA JURA DE S. M. D. ALFONSO XIII. - Revista militar. - Tribuna real en donde estaban S. M. la reina y SS. AA. los príncipes El Rey y su Estado Mayor (de fotografías de J. Cao Durán)

sobre la mesa preparada, desapareció después de arrojar encima un enorme fajo de billetes. No quiso el otro recibirlos ni firmar, y se fué, dejando al notario frente á frente con una respetable cantidad de la cual no sabía qué hacerse. En vano intentó más tarde convencer á sus clientes para que llegaran á una transacción, pues firmes ambos en sus trece, ni uno ni otro quisieron escucharle. Pasaron días, semanas, meses, hasta que al depositario de la fe pública le ocurrió una idea: con el dinero del abogado, que conservaba en su poder, reconstruir la casa y regalársela á los pobres. Consultó el caso con varias personas de seso y arraigo, entre ellas el alcalde y los mismos interesados, y mandó, visto el parecer unánime de todos, poner manos á la obra. Esa que ha visto usted, amigo mío, es la casa reconstruída. Desde entonces, si así puede decirse, la administra el ayuntamiento, á cuyo cargo corre la conservación del edificio. Cada vez que en él, por defunción ú otra causa, se desocupa un cuarto, queda éste cedido, gratis y á perpetuidad, á la familia á un tiempo más necesitada y más virtuosa de la villa. Hoy se ha llegado el turno á la tía Miseria, llamada así por su indigencia, y la cual, á pesar de ello, trabajando día y noche, mantiene con decoro á dos hijos adop-

evitar cualquier engaño, se reserva el derecho de expulsión. Ahí tiene usted, concluyó el narrador, la historia de la casa sin casero. ¿Verdad que parece cuento? Pues tan cierto es lo que digo como que yo fuí el notario que intervino en el asunto.

- ¿Y el antiguo propietario?, pregunté, admirado, ¿quién fué el antiguo propietario?

- D. Pedro Rubiales... ¡Pobre D. Pedro! Ha muerto hace tres meses.

- ¿Y el abogado, el comprador?

- Acaba usted de verle, es D. Baldomero.

Ni un rayo que hubiera caído á mis pies me habría asombrado tanto. ¡D. Baldomero, aquel hombre de antipático carácter, á quien ponían de pésimo humor los cuatro ó seis reales de un codillo, había, fiel á su probidad, regalado cuarenta y tres mil duros á los pobres! Excuso decir que aquella antipatía se disolvió en mi concepto como el azúcar en el agua, y que la figura del abogado adquirió á mis ojos inconmensurables proporciones. Entonces me expliqué la brusquedad de su salida; entonces comprendí cuánto engañan las apariencias y la ligereza con que, en determinadas ocasiones, juzgamos á nuestros semejantes.

A la mañana siguiente, el recibo de una carta en

- El tresillo..., respondió el notario; bueno, sí, ya somos tres, podemos jugar; pero de todas maneras habrá que buscar quien nos haga el cuarto.

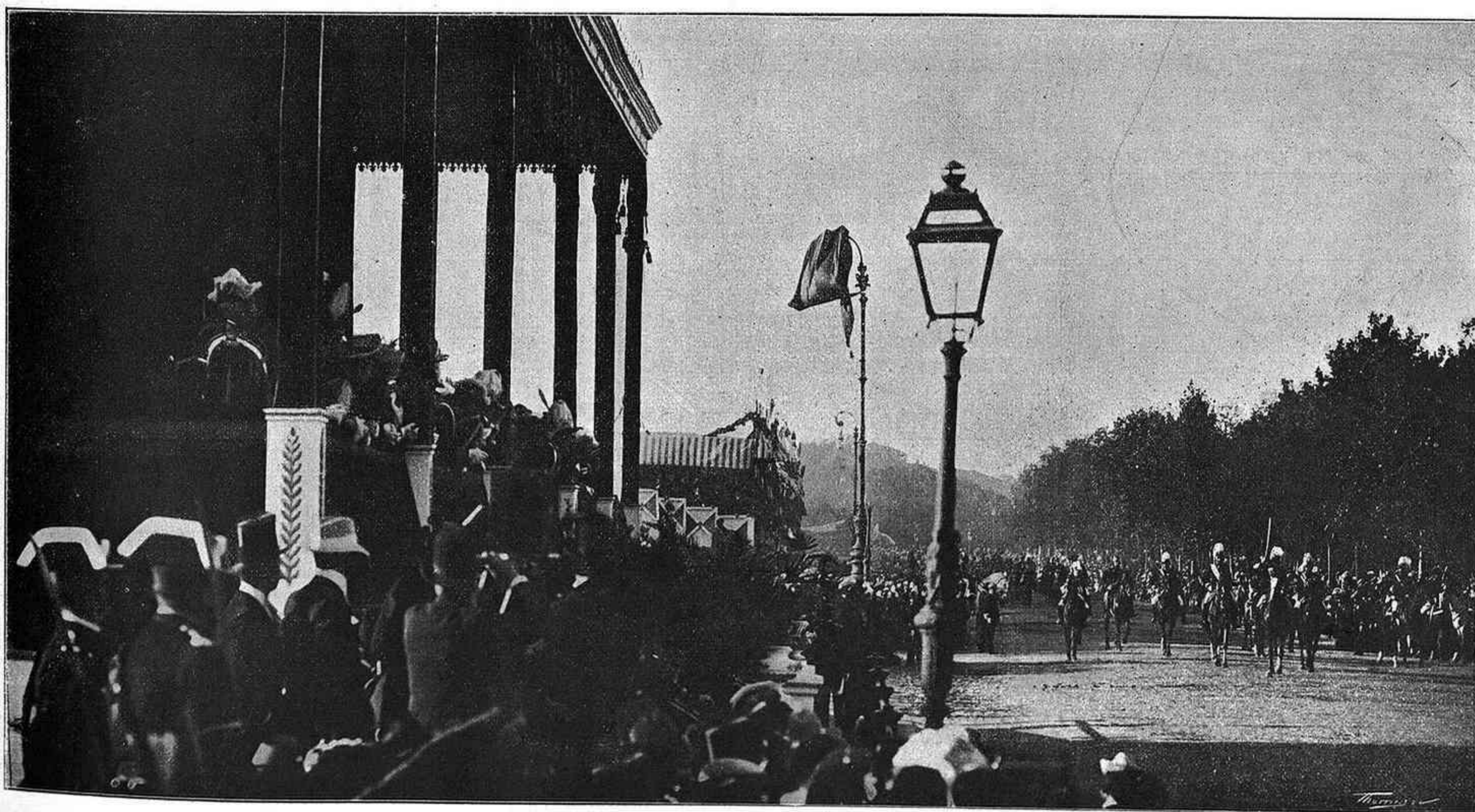
- ¡El cuarto! ¿Y D. Baldomero?

- ¡D. Baldomero, dice usted! Ha trasladado su residencia á la capital para que no le hablemos más de la casa sin casero.

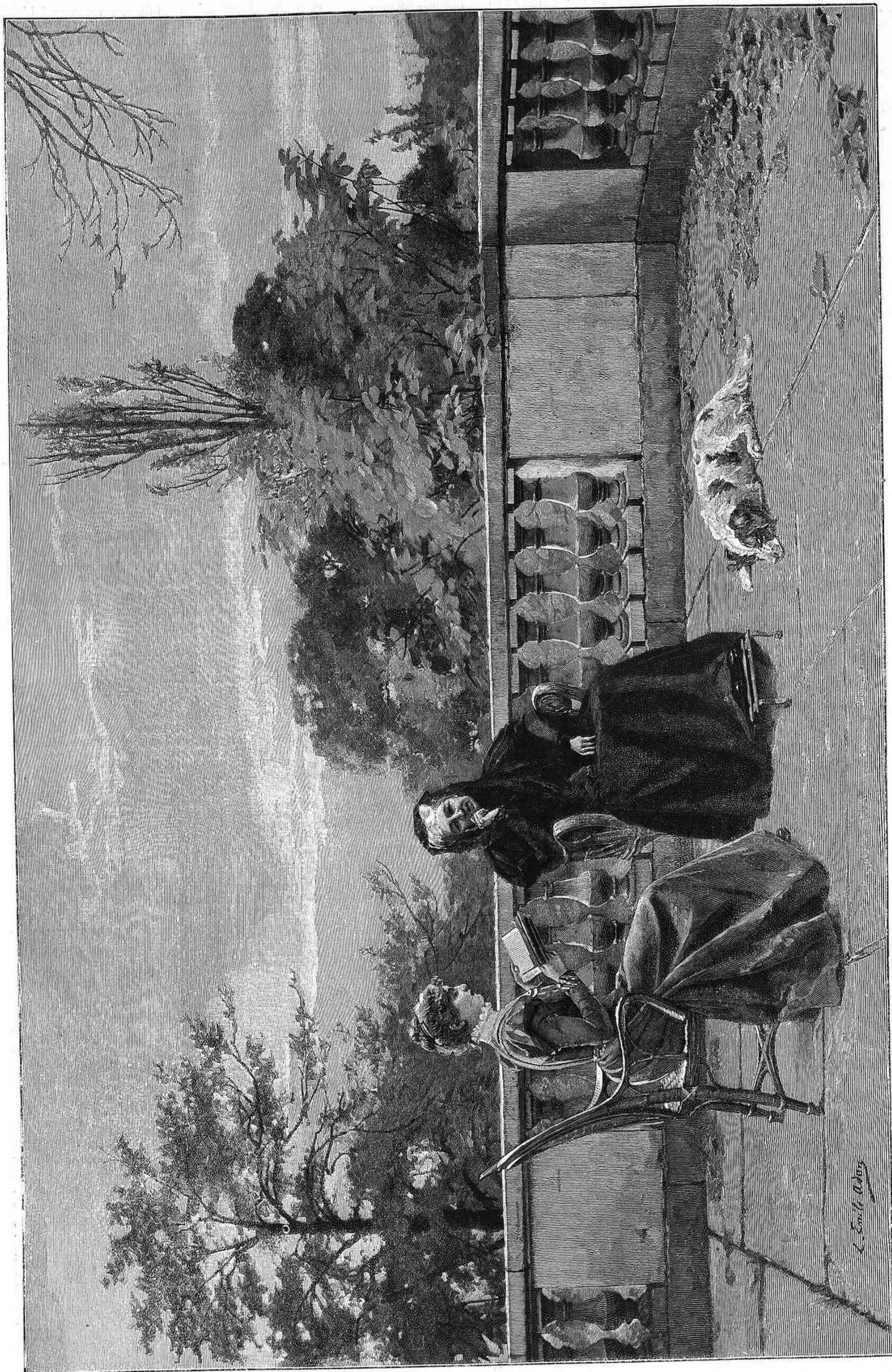
JUAN TOMÁS SALVANY.

NUESTROS GRABADOS

Las fiestas de la jura de S. M. el rey D. Alfonso XIII. - Como verán nuestros lectores, completamos en el presente número la información gráfica que de las fiestas celebradas en la corte con motivo de la coronación del rey don Alfonso XIII han hecho ex profeso para LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA los fotógrafos Sres. Cao Durán y Company, bajo la dirección del conocido periodista D. M. Carretero. Nada nos resta que añadir á lo ya dicho en el número anterior, y la reproducción de una de las carrozas en forma de lindísima barca pescadora, con ocho bellas remeras, entre las que figuraban las señoritas de Tenorio, Val de la Fuente y de Hinestrillas, así como la de la tribuna del Centro Gallego, dan tan completa idea de la importancia y magnificencia de la batalla de flores librada en el paseo de carruajes del Retiro, en la tarde del día 20, como la dan de la revista militar, celebrada el 19 en el paseo que une el Hipódromo con la Puerta de Atocha, los tres grabados de esta página.



MADRID. - FIESTAS DE LA JURA DE S. M. D. ALFONSO XIII. - Revista militar. Desfile de la infantería por delante de la tribuna regia (de fotografía de J. Cao Durán)



LA LECTORA, cuadro de L. Emilio Adan



IA LA SALUD DE LOS NOVIOS!, cuadro de Pablo Salinas

Leyendo el Quijote, cuadro de Antonio Fabrés.—El cuadro que reproducimos en la primera página puede formar digna pareja con *Un Quijote*, del mismo eminente artista, que reproducimos en el número 942. Antonio Fabrés, como hemos dicho ya otras veces, ha logrado singularizarse de tan especial manera con sus tipos, que es difícil confundir con otro su personalidad artística. Sojuzgado como pocos por los encantos del color y la belleza de la forma, da con su pincel relieve y apariencia corpórea á sus figuras, en las que, si no á un imitador, se descubre por lo menos á un admirador de los grandes maestros de la escuela española. La vida y la expresión que distinguen á sus geniales composiciones ha sabido infundirlas tan concienzudamente á su regocijado lector, que á cualquiera que haya leído la obra del inmortal Cervantes le será fácil comprobar el acierto y la maestría con que, sin incurrir en amaneramientos, ha sabido trasladarlo al lienzo.

La lectora, cuadro de L. Emilio Adan.—La pericia con que el artista ha agrupado en la terraza á hija y madre, á ésta indolentemente atenta á la lectura de aquélla, y el acierto con que ha sabido comunicar á sus semblantes la tranquilidad de su espíritu, de que parece reflejo la calma del paisaje que las rodea, propia del atardecer de un día de otoño, hacen muy recomendable este lienzo, cuya reproducción creemos que nos han de agradecer nuestros lectores.

¡A la salud de los novios!, cuadro de Pablo Salinas.—El celebrado autor de *El banquete de boda* nos da con su nuevo cuadro otra brillante muestra de sus conocimientos y de su valía dentro de la escuela pictórica á que pertenece. La agrupación, actitudes y belleza de las figuras, el minucioso detalle de los recamados trajes y de los artísticos tocados, así como del lujoso mobiliario y del delicado servicio de cristalería y mantelería, todo se halla combinado con tanta verdad y armonía, que á la contemplación del deslumbrante lienzo se traslada uno á la época copiada y le parece asistir personalmente á una de esas fiestas familiares que, si hermosas siempre, parecen serlo más todavía en medio de un ambiente de riqueza y de arte como el reproducido por artista que, como Pablo Salinas, tanto ha sabido distinguirse en la escuela del ilustre maestro Fortuny.

La distinguida actriz italiana Blanca Iggius.—Blanca Iggius, que se halla actualmente en Madrid y que es muy probable que visite más adelante Barcelona, añade á su excelente dicción figura arrogante, expresivo rostro y fascinadora mirada: no es de extrañar, pues, que el público disimule la medianía de los actores y actrices que la acompañan, y logre llenar algunas noches, especialmente cuando representa *vaudevilles*, la platea del teatro de la Comedia.



DIBUJO DE EUGENIO BURNAND

Dibujo de Eugenio Burnand.—El presente dibujo del famoso pintor suizo se distingue por la misma naturalidad y corrección de líneas que sus otras ilustraciones para las obras de Mistral, Daudet, Olivier y Sand, de que ya tuvimos ocasión de hablar en el número anterior y que nos revelan á Eugenio Burnand como notable dibujante de escenas de la vida popular.

Un bautizo en la montaña, cuadro del malogrado pintor Joaquín Vayreda.—A la galantería del inteligente coleccionista y aficionado Sr. Llobet debemos la ocasión de poder dar á conocer á nuestros lectores una de las más características producciones del malogrado pintor Joaquín Vayreda, el maestro y fundador de esa escuela ruralista olotense, que tan importante influencia ha ejercido en el renacimiento artístico de nuestra región. El lienzo á que nos referimos pertenece á un período en que Vayreda no se había dedicado á producir aquellos admirables paisajes que tan justos elogios merecen, y por más que ya se revela su tendencia, ofrece gran interés como documento biográfico y como manifestación artística.



Bellas Artes.—GRANADA.—El Ayuntamiento de Granada anuncia las fiestas que en aquella ciudad se verificarán durante la semana del Corpus, por medio de un vistoso y elegante cartel de grandes dimensiones, en el que las figuras, el paisaje y los elementos decorativos están hábilmente combinados, formando en conjunto una bellísima composición. El cartel, original del Sr. Sánchez Gerona, obtuvo el primer premio en el concurso celebrado por la casa litográfica granadina de Paulino Ventura Traveset y ha sido tirado por ésta á varias tintas con mucha pulcritud y muy buen gusto.

MADRID.—El número más saliente en materia artística de las fiestas reales celebradas en Madrid ha sido indudablemente la Exposición de retratos. Baste decir que se han reunido en ella 1.900 obras de las más insignes figuras del arte español y extranjero, como Goya, Velázquez, Murillo, Carreño, Vicente López, el Españoleto, Pantoja, el Greco, Moore, Esquivel, Claudio Coello, Ticiano, Pablo Veronés, Van-Dyck, Fragonard, Mengs, Bayeu, etc. Entre las colecciones particulares más importantes figuran las del marqués de Santillana, que ha enviado al certamen 150 notabilísimas miniaturas; la del duque de Sesto, la del marqués de Cerralbo, la del conde de Valencia de Don Juan, la del duque de Villahermosa, la de la duquesa de Uceda, las de los duques del Infantado, de Medina-celi, de Santo Mauro y de Valencia, las de los marqueses de Pidal, Hoyos, Flores Dávila, Mondéjar, y las de los condes de Casasola, del Asalto, de Aguilar de Inestrillas, y muchos otros. La Casa Real ha enviado un retrato ecuestre, de gran tamaño, del segundo D. Juan de Austria, pintado por el insigne Ribera, y las Salesas una colección valiosísima, no sólo por su mérito artístico, sino por ser completamente desconocida. También son muy importantes las colecciones del ministerio de Hacienda, de las Academias Española, de la Historia y de San Fernando, y la del Senado, que llama la atención con la serie notabilísima de los Grandes Maestros. La incalculable riqueza reunida en la sala de la Exposición, ni el crítico ni el aficionado podrían examinarla á conciencia más que en muchos días de estudio detenido.

Teatros.—En el teatro Valle de Roma se ha estrenado con buen éxito una comedia cuyo héroe es el maestro Verdi. Titúlase *Un opera buffo*, es original de G. Montaldi, el biógrafo del gran compositor, y tiene por argumento el siguiente episodio de la vida de éste. Verdi había prometido á un empresario, para una fecha fija, una ópera cómica titulada *El falso Estanislao*. Precisamente en la época en que Verdi trabajaba en esta partitura enfermaron gravemente su esposa y sus hijos, á pesar de lo cual el maestro terminó su obra, que el día del estreno fué mal acogida por el público. Presa de gran excitación, regresó Verdi á su casa, en donde encontró á su esposa muerta, y entonces prometió no escribir una nota más para el teatro; pero en aquel momento llegó su amigo Solero con el libreto de *Nabucodonosor*: cogiólo el músico, lo leyó y en el acto escribió una melodía que le inspiraron aquellos versos que empiezan *Un pensiero sull' ali dorate*, junto al lecho mortuorio donde yacía la que había sido su compañera.

París.—Se han estrenado con buen éxito: en la Opera Cómica, *Pelleas et Melisande*, drama lírico en cinco actos de Maeterlinck, música de Claudio Debussy; en la Comedia Francesa, *La petite amie*, comedia en cuatro actos de Brieux; en el teatro Sarah-Bernhardt, *Francesca de Rimini*, drama en cuatro actos y un prólogo de Marion Crawford, traducido del inglés por Marcelo Schwob; en Cluny, *Papa vent un artista*, vaudeville en tres actos de Jorge Charaire y Camilo Audigier; en el Vaudeville, *Le Masque*, comedia en tres actos de Bataille, y *Le chat et le cherubin*, comedia china en un acto y tres partes de Bernac, según la versión de Chester Bailey Fernald; en la Renaissance, *Les perruches*, comedia en tres actos de Enrique Berteyle, y *Simonne*, comedia en dos actos de Pablo Benazet y Felipe About; en el Gymnase, *Lucette*, comedia en tres actos de Román Coolus, y en el teatro Antoine *Lendemain de premiere*, pieza en un acto de Adolfo Mayer; *Tiers Etat*, comedia en tres actos y cuatro cuadros tomada de la novela del mismo título de Guy de Maupassant, por Oscar Metenier.

Madrid.—En el teatro Lírico se ha estrenado con éxito la ópera española *Raimundo Lulio*, letra de Joaquín Dicenta con música del maestro Villa, y para la cual ha pintado seis decoraciones el escenógrafo Amalio Fernández. En el teatro de la Princesa se ha estrenado la comedia *Venaldades*, de Ricardo Catarinú, habiendo sido ovacionado su autor.

Barcelona.—En el teatro Principal sigue actuando la compañía que dirige M. Vast, habiendo puesto en escena la linda comedia de Emilio Augier *Le gendre de M. Poirier*, para beneficio del primer actor joven M. Hemery; el drama sensacional de Pablo Hervien *Les Tenailles*, y la deliciosa obra de Lavedan *Catherine*, para beneficio de la primera actriz mademoiselle Ninove. En Novedades ha debutado la compañía del teatro de la Comedia de Madrid con el juguete de los señores Abati y Reparaz *Tortosa y Soler*, habiendo cosechado muchos aplausos las señoras Rodríguez y Pino y los actores señores Rubio y Morano. En el Tivoli se ha estrenado con éxito *Las Parrandas*, zarzuela en tres actos de Flórez García y Gabriel Briones, con música de Apolinar Brull. En la Granvía ha debutado con *La moza de cántaro*, de Lope de Vega, refundida

por D. Tomás Luceño, la compañía que dirige la señora Cobefia, y en el Eldorado (teatro de Cataluña) ha substituído á la compañía de zarzuela del Sr. Cerbón la compañía dramática de D. Emilio Thuillier, que ha puesto en escena el día de la inauguración el drama *Juan José* y la preciosa comedia del teatro antiguo *Entre bobos anda el juego*.



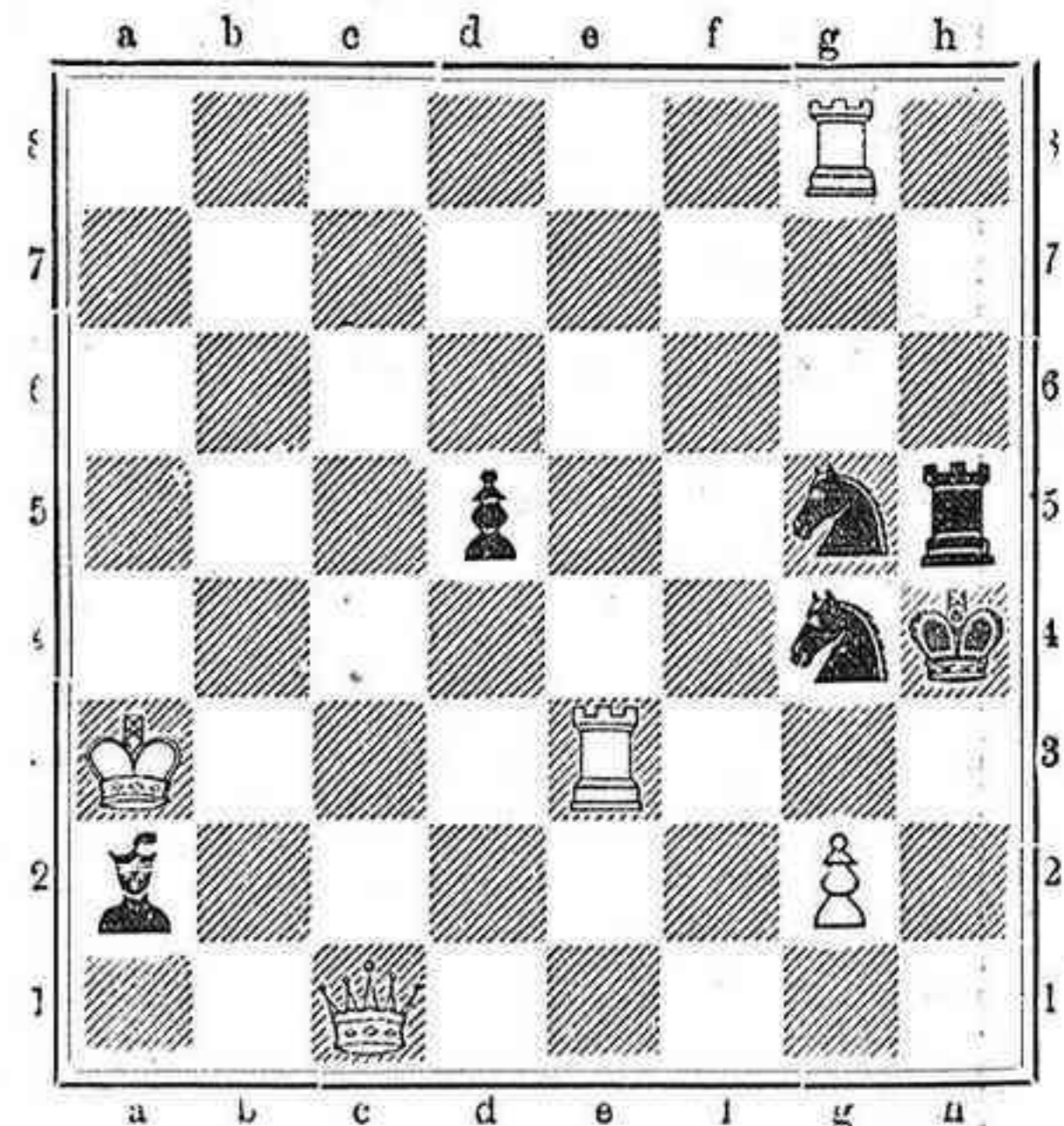
BLANCA IGGIUS, distinguida actriz italiana que actualmente trabaja en el teatro de la Comedia de Madrid

Necrología.—Han fallecido: Nicolás Schilder, historiador ruso, director de la Biblioteca Imperial de San Petersburgo. Francisco Ricardo Stockton, escritor norteamericano. Gleb Ivanovitch Uspenskij, novelista ruso, gran conocedor de la vida popular rusa. Dr. Martín Juan Julio Weibull, historiador y escritor sueco.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 282, POR W. S. PAVITT.

NEGRAS (6 piezas)



BLANCAS (5 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA N.º 281, POR W. C. J. WAINWRIGHT

- | | |
|-------------------------|----------------|
| Blancas. | Negras. |
| 1. T toma Pd5 | 1. Cualquiera. |
| 2. P, A, D, T ó C mate. | |

LA DOTE DE PASCUALINA

(AU COIN D' UNE DOT)

NOVELA DE LEÓN DE TINSEAU. - ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

A este fin, subía por la escalera, en vez de tomar el ascensor, para ir del segundo al sexto piso. Además, como sus estudios le dejaban poco tiempo libre, había obtenido de Pascualina el permiso de ir á verla fuera de las horas ordinariamente consagradas á las visitas. Acostumbrada á una consideración particular para los hombres de trabajo, encontró ella la cosa muy sencilla. Por otra parte, Mugerón le inspiraba una simpatía poco común.

- ¿Quién diría, le manifestó ella más tarde, que estuvimos á punto de reñir casi la primera vez que nos hablamos?

- Se riñe por menos. Usted pensó que yo la acusaba de cazar un marido.

- Y usted temió que yo le atribuyese miras interesadas. Ahora, gracias á Dios, nos conocemos mejor.

- Por lo menos, yo la conozco mejor á usted. Sé que no se ve usted reducida á tender lazos á los pollos. Pero yo no tengo medio alguno de probar que no perseguía una dote. Sin embargo... ¡Pero en qué conversación tan difícil de continuar me he metido yo!

- Quizá le podría yo ayudar un poco, si supiese adónde quiere venir á parar.

- Quiero venir á parar... á conservar todo el aprecio de usted, sin el menor recelo, sin la menor desconfianza. Fatalmente se halla usted condenada á poner en cuestión el móvil secreto de todo hombre que busca ocasiones para ver á usted. Y mi alma es tal, que me es insoportable adivinar en usted esa... inquietud natural, sin sentirla.

- Pero no existe semejante inquietud. Poseo una cualidad cuya ausencia dificulta la vida en mi país; soy muy sencilla. ¡Y cómo bendigo la educación que me ha hecho así! Mi mejor amigo, Candiac, por no hablar más que de éste - y usted le conoce, puesto que le tuvo á sus órdenes, - no vió jamás en mí más que un camarada diferentemente vestido. Lo sé, lo creo y me congratulo de ello. ¿Por qué no había de tener usted conmigo la misma libertad de espíritu? ¿No hemos convenido en ello?

- ¡Nuncal, dijo Mugerón jugando con la cruz que ostentaba sobre el pecho. Esta mala inteligencia tendría los mismos inconvenientes que la otra. Hemos convenido en que no tengo ya derecho á decir que la amo á usted. Y aunque la amo..., no se lo digo.

La muchacha guardó silencio ante aquel modo más ó menos correcto de observar el pacto. Sin darle hablar. Mugerón continuó:

- Mi confesión no ha terminado. No quiero, no puedo dejarla á usted creer que callo por indiferencia. Para callarme tengo otras razones, además de mi palabra empeñada. Su padre de usted emitió un día, delante de mí, una teoría sorprendente sobre la conservación de las razas... Mientras hablaba, me parecía estar oyendo á mi madre, que coloca ante todo, ante el amor mismo, el deber de esa conservación. Por no lastimar su corazón, he resuelto destro-

zar el mío. Continuaré mi camino sin pedirle á usted nada..., sino un puesto muy humilde en sus recuerdos y su perdón por mi excesiva franqueza. ¿Puedo creer que lo he obtenido?

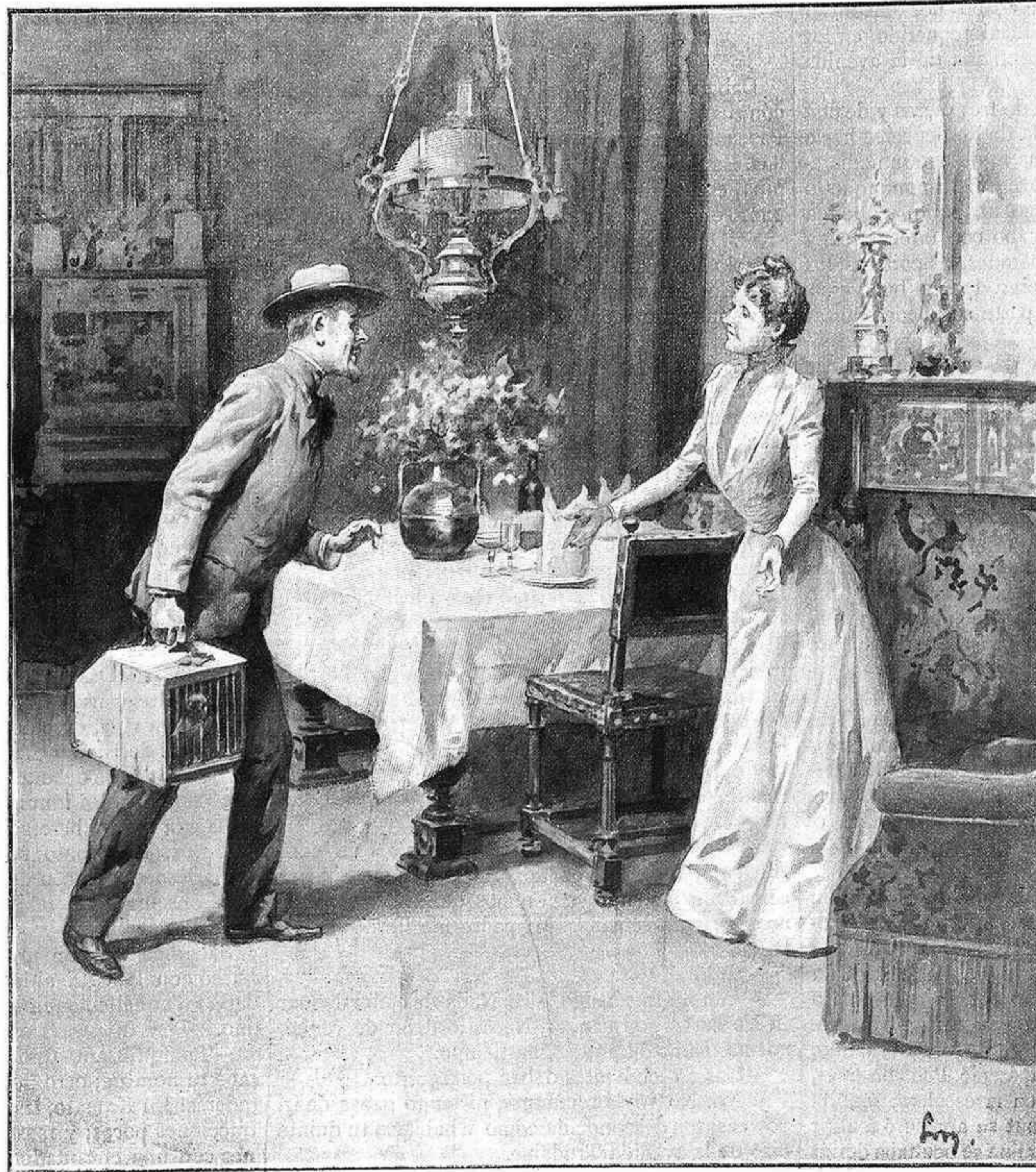
los empezaba á convencerla de que estaba enamorado de ella. Las miradas fijas del joven Bucilly y los largos suspiros que de vez en cuando se le escapaban, le daban patente de enamorado discreto.

Para una muchacha provista de todo lo que pasa por deseable, es un complemento de dicha el saberse amada de dos hombres muy simpáticos, cada uno en su género y de diversa manera.

Pascualina se hacía cargo del estado de las cosas con una mirada tranquila y segura. Sin embargo, si su corazón hubiese hablado, hubiera sido por Mugerón. Para dudarle sería preciso no conocer á las mujeres; ¡Mugerón era el fruto prohibido!

Más de una muchacha menos fuerte por naturaleza y por educación, se hubiese vuelto loca por él, ó se hubiera empeñado en volverlo loco, tanto más cuanto que seguía viendo á Pascualina, dejando adivinar sus penas bajo el velo de un delicioso buen humor. Sus visitas eran cortas; pero no podía menos de notar que eran bien recibidas. Un día le dijo al marcharse, después de algunos minutos de conversación con ella:

- Yo soy como esas personas que dan un rodeo á fin de pasar por el mercado de flores y contentarse con lo único que pueden gozar de la primavera. ¡Estoy tan ocupado! ¡Tengo tantas obligaciones! ¡Deberes de militar, deberes de hijo, deberes de cabeza de familia!.



Pascualina avanzaba con las manos extendidas

Pascualina le tendió la mano.

- Esta es mi respuesta, dijo la muchacha. No conozco hombre más leal que usted. ¡Dichosa su madre, que tiene tal hijo!

Mugerón, de pie, la envolvía con su mirada.

- ¡Mi pobre madre!., dijo con una sonrisa velada. ¡Si supiese usted el miedo que le tiene!.

Una vez sola, Pascualina no pudo menos de comparar á las dos madres: la que temía que su hijo se enamorase de una mujer de distinta clase que la suya, y la otra á quien no podía atribuirse semejante temor...

Efectivamente, al ver maniobrar á Beltrana, hubiérase creído que lo que temía era que el amor no llegase á tiempo.

Se les había venido encima el verano; pero la señora de Bucilly hacía los honores de París á su joven amiga... llevándola mucho al campo.

El mayor número de veces se trataba de excursiones campestres en que no tomaban parte más que tres personas, lo cual no hubiera sido el colmo de la diversión para muchachas estragadas. Pero Pascualina no pedía más, pues sentía por el campo una admiración entusiasta. A veces iban á merendar ó á comer en algún castillo, donde no había que temer el fantasma amenazador de ningún soltero.

«La señorita Maugrabin,» presentada sin largas frases, podía pasar por la hija de alguna amiga pobre. La joven no llevaba ya vistosas joyas, desde que Beltrana la había iniciado en las distinciones de la elegancia. Aquella vida, en suma, le gustaba; Car-

La palabra *deber* se repetía en sus labios con gran insistencia.

Carlos de Bucilly no hablaba nunca de sus deberes; pero era por cortesía, pues se consideraba á sí mismo como un modelo de abnegación. Visitar las gargantas de Franchard ó el castillo de Pierrefonds, entre su madre y una muchacha de excelente humor, pero de rigurosos principios, era una inmolación meritoria para un joven que hubiera podido encontrar pasatiempos menos apacibles en París. Por esta razón no le costaba á Carlos ningún trabajo suspirar todo lo que requería el papel que representaba, más bien por obediencia que por vocación, porque él hubiera optado por una acción decisiva, que condujese á un desenlace cualquiera.

La señora de Bucilly le suplicaba que esperase aún para jugarse su última carta; porque en vano buscaba en Pascualina síntomas de pronta capitulación.

La diplomática decía gimiendo:

«¿Por qué esa muchacha parece tan á menudo pensar en otra cosa?»

Y hubiera gemido mucho más si hubiese sabido que Pascualina, hasta en presencia de Carlos, pensaba en el imposible Mugerón.

Es de creer que, sin la casualidad que había hecho surgir aquel fantasma de rival en su camino, Carlos de Bucilly hubiera conseguido, en aquellos días de verano, la palabra de la graciosa heredera.

Para el destino, todos los medios de embrollar las cosas resultan buenos.

De pronto, en medio de los síntomas favorables que buscaba Beltrana, ésta notó con terror cambios singulares en la existencia de Pascualina.

La muchacha, hasta entonces dispuesta á seguir á su noble amiga, pareció convertirse en una persona muy ocupada y rehusó invitaciones sobre invitaciones. Salía sola, cada día, sin revelar el motivo. En cuanto á interrogarla sobre sus actos, cuando quería tenerlos secretos, cosa era que Beltrana había intentado una vez, pero que no se atrevió á repetir.

La verdad es que Pascualina estaba ocupada en una empresa difícil y misteriosa: la instalación de un piso. Y como quería un piso agradable y modesto á la vez, la tarea era muy difícil, como saben los parisienses.

Después de haber visto casas á docenas, que se parecían poco al Building, acabó por encontrar un piso que se acercaba al ideal requerido, en los altos de una casa limpia y ventilada de la avenida Trudaine.

Pero este piso, compuesto de tres piezas y de una cocina microscópica, no había de desocuparse hasta dos meses después. Pascualina lo obtuvo inmediatamente cubriendo de oro al joven matrimonio que lo ocupaba. En cambio desplegó una gran economía en la instalación, llevada á cabo con inteligencia y buen gusto. El papel de las paredes, las cortinas, los muebles, de precio módico, eran de muy buen efecto; prodigio que en ninguna parte se puede realizar mejor que en París.

Varias acuarelas brotadas de su pincel y unas cuantas labores salidas de sus propias manos esparcieron por aquellas reducidas piezas el lujo delicioso que únicamente puede emanar de la intervención femenina.

La ropa blanca había sido colocada por ella en el armario con coquetería; sus dedos habían trabajado en los lazos de los transparentes y cortinillas; el contenido en el bote de brillante metal, era *su te*; los libros de la biblioteca giratoria eran *sus libros*; sobre la mesa escritorio, su fotografía semejava la firma de la obra entera, llevada á cabo con ese refinamiento de idea que es el lujo de la abnegación, cuyo monopolio es casi exclusivo de la amistad femenina.

Cierto día de junio, el pisito de la avenida Trudaine tomó el aspecto de casa habitada. Los jarros se llenaron de flores. Encendiéndose la hornilla en la diminuta cocina, y mientras que una *ayudanta*, reclutada después de buenos informes, espumaba el puchero, Pascualina ponía dos cubiertos en la mesa del comedor.

Poco después de las seis, la hija de Maugrabin empezó á impacientarse. Cada minuto salía al balcón y echaba una mirada por la avenida. A las seis y cuarto paró delante de la puerta de la casa un ómnibus que parecía aplastado por un cargamento de aspecto colonial, en que llamaba particularmente la atención un loro de vistoso plumaje. El vehículo, rápidamente descargado, desapareció. Poco después, resonaron pasos hombrunos en la escalera; sonó la campanilla; la señora Genestout se apresuró á abrir la puerta, en tanto que Pascualina se ocultaba detrás de un cortinaje.

Algo incierto, el recién llegado preguntó:

— ¿En casa de quién estoy?

— El señorito está en su casa, contestó la señora Genestout, que creía representar una escena de Julio Verne.

— ¡Caramba! ¡Qué lujo, qué elegancia!, exclamó.

Sin salir de su sorpresa, iba de una pieza á otra, con el loro en la mano. Este no parecía experimentar asombro alguno. Guiñando alternativamente un ojo, soltaba pequeñas carcajadas, como si hubiese sabido que había una señorita observando desde un escondite todos los movimientos de su primo.

Al ver dos cubiertos servidos en el comedor, el viajero volvió á dudar.

— Aquí hay error, exclamó. Yo me llamo Emilio Candiac; aún no tengo cocinera; y, sobre todo, no espero á nadie á comer.

— ¡Te equivocas!, dijo en inglés una voz que no era la de la señora Genestout. Tienes cocinera, y vas á comer conmigo. *Welcome, dear old boy!*

Pascualina avanzaba con las manos extendidas. Candiac se desembarazó al fin de su pájaro tropical y abrazó á su prima.

— ¡Ay, qué magnífico regreso!, exclamó el joven. Tu telegrama, que recibí en Marsella, causóme ya una sorpresa muy agradable: «¡Tienes pisito!» Pensaba hallar las cuatro paredes... y me le encuentro todo amueblado..., ¡y tú comes conmigo!.. ¿Lo sabe tu padre?

— No. Mi buen padre, que hace alarde de americanismo, tiene por cosa muy elegante el no saber dónde come su hija. Hasta ignora que estés en París.

— Entonces no ha cambiado nada. Tu padre sigue no teniendo más que un enemigo en el mundo: su sobrino. Esta casa es la única donde te prohibiría venir.

— Lo cierto es que tú no eres *mi* enemigo. No turbes mi alegría, que es muy grande. ¡Al fin te veo de vuelta!.. ¡Cinco años sin verte!.. Desde tu salida de Nueva York...

— Yo me alegro aún más que tú. Pero que el diablo me lleve si te hubiese reconocido. Te dejé una niña y te encuentro una señorita... Veo que tendré que buscarte un marido. Pero no esta noche. ¡Tengo un hambrel!..

— ¡Mejor! Cambia de traje. Te doy media hora. La señora Genestout está á tus órdenes; yo me encargo de vigilar el asado.

XIV

Daban las ocho en el colegio Rollin. En el balcón, bañado aún por el sol próximo á desaparecer, Pascualina había colocado una mesita entre dos sillas. Emilio acababa de saborear el café, y fumaba su pipa, escuchando á su prima que le rendía cuentas, pues se había mostrado impaciente por liquidarlas.

— ¿De veras?, decía él. ¿Para instalarme en este palacio has gastado tan poco?

— En este paquete tienes las facturas, contestó ella poniéndose colorada, pues disimulaba un gasto, que era la cantidad entregada á los últimos inquilinos para que desocupasen la habitación sin demora.

Candiac sacó la cartera y puso billetes de banco sobre la mesa, exhalando luego un suspiro de satisfacción.

— Ahora puedo decir que tengo un *home*, lo que es una delicia, sobre todo haciéndote á ti los honores de la casa. Pero hay una cosa que no puedo pagarte, mi buena Lina, y es la terrible molestia que te has tomado. Cuando yo te pedía informes preliminares, no sospechaba que ibas á asumir todo el trabajo.

— ¡Bueno estás con tus informes preliminares! A tu llegada, te hubieras metido en algún horrible cuarto amueblado, *interinamente*, y sabe Dios lo que esa interinidad hubiese durado. Mientras tanto, yo hubiera tenido que abstenerme de visitarte, porque hay casas donde no puede entrar una mujer que estima en algo su reputación.

— ¿De modo que cuentas volver?

— Sin duda, puesto que tú no irás á mi casa. ¿Piensas que voy á abandonarte, ahora que te tengo cerca? Sin embargo, tendremos que separarnos por unas cuantas semanas. Mi padre me lleva fuera de París.

— ¿Adónde?

— Aún no lo sé; algo lejos. Nada de baños de mar en las costas normandas. Necesito dejar de ver las mismas caras durante algún tiempo.

— Los pretendientes deben perseguirte.

— No. No voy á reuniones, ni tengo ganas de ir. Soy casi tan desconocida como si habitase tu quinto piso de la avenida Trudaine.

— Entonces, ¿qué caras son esas que quieres dejar de ver?

— Las de dos inquilinos del Building.

— ¿Dos rivales que se disputan tu corazón y sobre todo tu dote? ¡Vamos, confíesalo! Ya peino canas.

— ¿Cuántas?

— Una docena al menos. Tres años de guarnición y dos de Africa envejecen á un hombre sin darle más gravedad de la que necesita. Por consiguiente, pierde cuidado... ¿De modo que tienes los novios á pares?

— Dispense usted, mi Reverendo Padre; en rigor, ¿qué es un novio?

— No lo sé, porque nunca he amado á nadie.

— ¡Vaya un confesor!.. Pues yo estoy en el mismo caso que tú. En fin, llamémosles «novios» para mayor comodidad del discurso. Señas personales del primero: treinta años, buen mozo, de noble cuna, pero pobre, gracioso, divertido, hombre de mundo consumado. Tiene una madre muy simpática, aunque á veces le falta naturalidad. Su símbolo sería una rosa montada en un alambre.

— ¡Hum!.. ¿Y el otro «novio»?

— No tengo necesidad de describírtelo, puesto que le conoces. Es uno de tus admiradores.

— No sé que tenga admiradores sino entre los negros de la Costa de Marfil.

— ¿No te acuerdas de tu antiguo jefe, el teniente Mugerón?

— ¡Mugerón!.. ¡Mugerón te hace la corte!.. ¡Cásate con él en seguida!

— Hay un inconveniente, y es que él no quiere casarse conmigo.

— ¿Tú qué sabes?

— Me lo ha dicho él en persona. Parece que en su familia no quieren matrimonios desiguales.

— ¡No me extraña en él! Y apuesto á que te adora. Tú eres, precisamente, la mujer que ha de gustarle á Roberto de Mugerón.

— Entonces, como antes te decía, mis ideas sobre el amor son muy confusas. He ahí un hombre que me ama, y se aparta de mí por la única razón de que mi padre vendió naranjas. Al otro, seguramente, no le asustan mucho las naranjas. Hasta me parece, á veces, que no le asustan bastante, lo cual me inquieta un poco. ¿Comprendes ahora mis ganas de irme de viaje?

— ¿Y á eso se reduce la corte? ¿Sin ningún duque por medio? ¿Ni siquiera un marqués? Yo esperaba verte más rodeada de pretendientes.

— Entonces hubiera tenido menos tiempo disponible para ocuparme del mobiliario de usted, señor ingrato.

— Es verdad; pero la felicidad, en el matrimonio, estriba en saber escoger el marido; y no se puede escoger si no se tienen varios pretendientes. ¿Por qué no se quedó tu padre en América? En ningún país del mundo encuentran las muchachas las mismas facilidades para ver, conocer y comparar á los jóvenes.

— ¡Me gusta la censura en tus labios, cuando tú lo sacrificaste todo por venirte á Francia!

— Porque quería vivir y morir francés.

— Pues yo quiero vivir y morir francesa. Tú me diste el ejemplo: le seguí, con menos dificultades que temer para mí porvenir.

— ¡Ojalá tu porvenir fuese tan claro como el mío! No hay peligro de que yo acabe por redorar el escudo de alguna familia averiada. Mi mujer me amará por mí mismo.

— ¿Te casarás pronto?

— Lo deseo. ¿Sabes por qué? Porque aún soy un pobre diablo. La que hoy me aceptase por esposo sería una verdadera mujer, amante, valerosa, resuelta. Y más tarde, después de haber hecho fortuna, porque yo la haré, ¡con qué satisfacción diré á mi compañera: «Descansa ahora: vístete bien; toma coches; no te canses trabajando: todo va á cambiar en nuestra vida, excepto el amor!..»

La voz de Emilio Candiac se había vuelto vibrante. Miraba lejos delante de sí, como si hubiese buscado, en aquellas innumerables casas, la que albergaba á la joven heroína de aquel sueño hecho en alta voz. De pronto una voz cascada, vejentona, gritó desde un rincón de la sala que se iba quedando á oscuras:

— ¡Pascualina!..

Sacudida por un estremecimiento, Pascualina buscó con la vista al intruso que venía á sorprenderla en aquel coloquio irreprochable, pero clandestino.

— Tranquilízate, dijo Emilio riéndose. Mi loro sabe tu nombre; pero no sabe nada más. ¡Búrlate, si quieres! En Kamato, las noches son largas y las distracciones pocas; y más pocas aún las conversaciones con una encantadora prima. Concluído mi trabajo, hablaba de ti con mi loro. Y ya ves que ha conservado la costumbre. La hora en que estamos se lo recuerda. Sí, lorito mío; Pascualina está aquí hoy; pero no estará mañana, y volveremos á encontrarnos solos tú y yo, como en Kamato. Mañana no te verás abandonado como esta noche.

— Amigo mío, dijo la muchacha tristemente emocionada, no podemos vivir separados de este modo. Deja que te reconcilie con mi padre.

— Más tarde, niña, si es que la cosa es posible. Todavía soy demasiado pobre; parecería que mendigo. ¿Podrás venir de vez en cuando?

— ¡Ay, amigo mío! Yo quisiera venir cada día. ¡Me es tan grato hablar contigo! Observo, sobre todo desde hace un par de horas, que mi vida es un castillo en el aire, donde todo son inconsecuencias. Mi educación ha hecho de mí un tipo aparte en este país, un ser en discordancia con todo el mundo por sus ideas y su conducta. Aparentan tratarme como á una mujer de la alta sociedad; pero, en el fondo, no soy más que una advenediza, sin esa sed de encumbrarse que devora á las intrigantes. Empiezo á estar cansada de esta situación. Estoy cansada de esos dos hombres que me trastornan diversamente, sin que yo pueda dar un nombre á este trastorno. ¡Dios mío, qué triste es la vida!

— Permíteme decir: ¡Qué buena es la vida! Y serías de mi opinión si vinieses de donde yo vengo. ¡Qué delicioso regreso! En un minuto he vuelto á encontrar lo que hace la existencia agradable. Has hecho un hombre feliz. No te quejes.

— Nunca me hubiera figurado que fuese tan fácil hacer feliz á un hombre, dijo Pascualina con cierta amargura.

Serían apenas las diez cuando volvió á casa de su padre. La señora de Bucilly estaba en el salón hablando con Maugrabin.

— ¿Sabes lo que me estaba diciendo nuestra vecina?, preguntó el marsellés.

A Beltrana se le puso el rostro encendido. Era fácil de ver que no esperaba tan pronto á su «amiguita.» Esta, de bastante mal humor, dió á entender con un gesto que renunciaba á adivinar el asunto de la conversación.

— Parece, continuó Maugrabin, que cometes una enormidad yendo á comer sola en casa de amigos. Esto me decía la señora.

— Para mí, lo importante, mi querido papá, es saber cuál ha sido la contestación de usted.

— Iba á contestar cuando has entrado. Señora, no solamente mi hija sale sola, sino que no le pregunto adónde va. Con este sistema se inspira allá á las muchachas el *self-respect* y el *self-defence*. ¿He dicho bien, niña?

Pascualina tendió la mano á su padre.

— El que hable de otra manera, no es mi amigo, añadió.

Al oír estas palabras, pronunciadas con firmeza, la señora de Bucilly se des hizo en protestas.

— Hija mía, ¿puede usted creer que yo la censuro? La conozco á usted demasiado. ¡Ojalá todas las muchachas fuesen como usted!

— Quizá habría muchos que saldrían perdiendo.

«¿Qué le pasa?, se decía Beltrana hundiéndose en el pozo del ascensor. Se ha puesto hecha una fiera. Algo ocurre; ¿pero qué? Los vientos han cambiado. Hasta ahora habían corrido en favor nuestro... Tomaré informes mañana.»

Los informes fueron fáciles de obtener, de criado á criado; falta saber si eran los que necesitaba Beltrana. Mugerón, de vez en cuando, iba á ver á Pascualina. Sus visitas eran cortas; pero casi siempre se efectuaban á solas con la muchacha. En cambio, la condesa de Mugerón no mantenía relación alguna con su casero.

«¿Será más hábil que yo?», pensó Beltrana, incapaz de suponer que pudiese haber una madre bastante poco «hábil» para no desear tan rica presa.

Norberto Leroy, consultado sobre el caso, opinó que el misterio que rodeaba á las visitas del oficial no significaba nada bueno. Declaró además haberlo encontrado en conferencia con Codoero, lo que acabó de hacer pasar á Bucilly por sospechoso á los ojos de su mujer.

Sin embargo, Norberto aconsejó á Beltrana que no se querellase con su marido. Era necesario apretar en el juego ocultando bien las cartas, puesto que el adversario — porque había un adversario — ocultaba las suyas.

De pronto, Beltrana se dió un golpe en la frente diciendo:

— ¡Va á comer sola fuera de su casa, sin decir dónde! ¿Sería americana al extremo de aceptar la invitación de un muchacho?

— Es muy posible, declaró Norberto. Yo lo averiguaré.

— Pero en fin, si quiere ser condesa de Mugerón, ¿quién se lo impide? Para conseguirlo, no tiene necesidad de correr la aventura como una institutriz.

— ¡Cómo se ve que nunca ha corrido usted aventuras, señora! Es más divertido de lo que usted cree. Me pregunto si no está usted haciendo representar á Carlos el papel de enamorado aterido.

— Caballero, por todos los millones del mundo no aceptaría yo ciertas taras. Si esa señorita lleva su excentricidad al extremo de...

— Señora mía, puede usted darse por satisfecha con que lleve su excentricidad al punto de vivir como una pequeña burguesa, á pesar de sus millones. Saque usted partido de ello. Tarde ó temprano vendrán los duques y los príncipes, oliendo la dote. Entonces será tarde para Carlos. Puesto que á la señorita le gustan las aventuras, que se las proporcione. Deje usted, que yo le voy á sermonear.

XV

La aventura, muy bien combinada, tuvo efecto la semana siguiente.

Carlos había sometido á Pascualina el plan de una excursión que tenía por objeto principal la visita á

la antigua abadía de Vaux-de-Cernay, en el valle de Chevreuse. Los dos viajeros habían de tomar, ellos y sus bicicletas, el tren de la línea de Limours y apearse en Saint-Remy. Ir de allí en sus máquinas al pintoresco desierto de los antiguos frailes, era un paseo. Terminada la visita, habían de salir del delicioso valle en dirección contraria, hacia una estación próxima á Rambouillet, donde tenían á su disposición numerosos trenes para su regreso á la capital. Un tiempo admirable favoreció la excursión.

En Chevreuse almorzaron en una hostería que servía de cuartel general á una legión de pintores.



Sí, lorito mío, Pascualina está aquí hoy

Cuando Pascualina salió del comedor, dejaba, sin saberlo, en media docena de álbums, su testa de graciosa morenita con los cabellos algo desordenados por la carrera.

Por la tarde, los excursionistas llegaron temprano á la abadía, que sería una de las curiosidades más frecuentadas de las cercanías de París, y hasta de Francia, si estuviese abierta al público.

Pero las puertas que protegen aquella maravilla contra la afluencia de curiosos, se abren con una dificultad extrema. Sin embargo, la señora de Bucilly, insinuante hasta lo inverosímil cuando se proponía algo, había obtenido para su hijo, sabe Dios cómo, la autorización necesaria.

Como aquella morada, única en el mundo, no estaba habitada entonces, los visitantes fueron acogidos por el administrador, que les enseñó, desde luego, las piezas de recepción.

Pascualina, que había leído mucho y que conocía las poblaciones de la vieja Inglaterra en que hay hermosas catedrales, se extasió, como persona competente, en presencia del espectáculo que se ofrecía á sus ojos.

Para ella, un convento de la Edad Media, aun bien conservado, no era ninguna novedad. Pero allí encontraba algo más que la conservación; encontraba la vida. Aquellas ojivas, en que no faltaba ni una piedra; aquellas maderas limpias y brillantes como en la época en que el cuidado de su conservación pertenecía á los frailes cillereros; aquellas mesas macizas en que aún se veía el cacharro de estaño y el blandón de cera; aquellos enormes antifonarios de pergamino abiertos en su atril, todo parecía esperar la vuelta de los frailes, ausentes por obediencia á la santa regla. Parecía que iban á desfilar, silenciosos en sus largos hábitos blancos, graves, pero regocija-

dos por el aire puro del valle y la satisfacción de vivir en medio de obras maestras. Se figuraba uno oírles salmodiar los oficios divinos en la capilla inmediata, divisada á través del ventanal de cristales y plomo del refectorio. Bastaba una imaginación muy ordinaria para olvidar los siglos pasados, las tempestades desencadenadas, las ruinas amontonadas sobre ruinas.

Y sin embargo, cuando una mujer estuvo allí, veinticinco años antes, los escombros elevaban el suelo á la altura de los capiteles.

De pronto, la presencia de alfombras hechas para calzados más finos que las groseras sandalias de los frailes; los retratos de mujeres colgados de los muros; el lujo de los terciopelos y de las sederías; la riqueza de los muebles, traían al espíritu la realidad de nuestra época, al mismo tiempo que la admiración por el genio especial del autor de aquella magna empresa, que consistía en hacer vivir juntos, en buena armonía, sin discordancia alguna, sin la menor ridiculez, dos épocas separadas por cuatro siglos.

Aquel triunfo del gusto y de la paciencia hubiera valido á un artista ambicioso brillantes recompensas. Pero allí el artista no tuvo más que una ambición, gloriosamente conseguida: hacer de Vaux-de-Cernay una cosa única en el mundo, y terminada la obra, ocultarla á los ojos indignos de tal espectáculo.

El alma sencilla y vigorosamente sana de Pascualina estaba hecha para comprender semejante obra. La joven examinaba cada detalle sin perder nada de él, haciendo, de vez en cuando, una pregunta casi en voz baja.

Cuando se encontró en el parque con su compañero, dijo con los ojos brillantes de entusiasmo:

— ¡Oh, encontrar unas ruinas como estas; consagrarlas toda mi vida, todos mis recursos!.. ¡Hacer lo que se ha hecho aquí!..

No podía esperarse que Carlos impulsase á la joven heredera hacia empresas tan poco prácticas. Pero no era el momento de exponer sus objeciones.

— Vamos á visitar el antiguo claustro, dijo sin contestar.

Del patio, inundado de luz solar, salieron por la izquierda y llegaron en dos pasos á la majestuosa galería gótica, á la que se bajaba por medio de unos cuantos escalones.

Oculto bajo árboles seculares, iluminado apenas por largas y estrechas aberturas ojivales, aquel vasto edificio era sombra dentro de sombra. Allí, gracias

á un gusto supremo, la restauración parecía no haber restaurado nada. Curados por mano discreta, los viejos muros heridos por el tiempo murmuraban su queja solemne y melancólica.

En la semiobscuridad se adivinaban restos de arquitectura arrimados á la pared, como si una mano cuidadosa los hubiese apartado, aquella misma mañana, de los pies de los viajeros.

Aquel paso brusco, sin preparación, de la luz á la obscuridad, de la temperatura ardiente del exterior á una frescura deliciosa, de la vida más moderna al pasado dormido en el eterno reposo, fué para Pascualina la impresión más fuerte del día.

La muchacha avanzaba lentamente bajo las nervaduras entrelazadas de la doble nave. La solemnidad del sitio le impedía hablar. Le asombraba que los pájaros hiciesen oír sus gorjeos en las ramas que penetraban hasta el interior por los ventanales abiertos.

— ¡Ah! Esto es mucho más hermoso que todo lo demás, suspiró ella al fin. Nunca olvidaré la hora presente.

— ¿Cree usted que yo la olvidaré?, dijo una voz casi á su oído.

Al mismo tiempo, la mano de su compañero buscó su mano, que ella no retiró, no viendo en aquella demostración más que un arranque de entusiasmo igual al suyo.

Estaba entonces ella á cien leguas de altura sobre toda peripecia vulgar de novela y á mil leguas de distancia de Carlos. Todas las preocupaciones de la existencia de cada día habían desaparecido de su espíritu. No se acordaba de que poseía una fortuna, de que tenía veintidós años, de que algún día se casaría... si llegaba á amar á un hombre.

(Continuará.)

EL GLOBO DIRIGIBLE DE SEVERO

La conquista del aire acaba de causar dos nuevas víctimas, y no ha habido en París, en donde ha ocurrido el suceso, ni en todo el mundo, quien no se haya enterado con pena de la catástrofe que ha destruído el globo *Pax*, ocasionando la muerte de su inventor, Sr. Severo, y de su maquinista, M. Sachet, que le acompañaba. Brasileño como Santos-Dumont y diputado en el Parlamento de su país, la actividad del Sr. Severo se dirigió desde hace unos veinte años á la conquista del aire, y después de una incursión infructuosa en los dominios de la aviación, concibió y construyó un globo dirigible. El primer ensayo no debió dar resultados muy favorables, cosa natural, pues es muy raro que una primera tentativa tenga éxito satisfactorio; pero el inventor, sin desanimarse, había modificado y perfeccionado su obra, y á pesar del mal tiempo, pudo intentar algunas pruebas, manteniendo su aeróstato en estado cautivo, en el parque aerostático de M. Lachambre, el conocido constructor. Faltaba sólo dar al globo el bautismo del aire y realizar la prueba decisiva, lo que debía demostrar que podía elevarse, marchar á una velocidad conveniente y dirigirse en condiciones suficientes de estabilidad.



M. SEVERO, inventor del globo *Pax*, fallecido en París víctima de un desgraciado accidente.

Conocido es el fin trágico de la ascensión intentada el 12 de mayo, á las cinco y media de la mañana. El globo habíase remontado sin dificultad, tal vez algo rápidamente. Su conductor quería dirigirlo hacia el campo de maniobras de Issy-les-Moulineaux, en donde habría podido evolucionar cómodamente; pero aunque el viento era muy débil, era evidente que el aparato no conseguía vencerlo: el hélice trasero no funcionaba, y Severo, que se encontraba en la máquina de delante, cambió de sitio para inspeccionar lo que en la parte de atrás sucedía; entonces pudo verse cómo el globo se enderezaba un poco, aunque sin tomar una inclinación alarmante. Marchaba el aeróstato en dirección á París y encontrábase á una altura de 350 ó 400 metros sobre la avenida del Maine, cuando de repente los espectadores

los dos aeronautas: Severo había caído de pie y su cuerpo presentaba numerosas fracturas sin ninguna huella de quemadura; el maquinista Sachet, por el contrario, estaba horriblemente quemado y no tenía forma humana.

Se han formulado diversas conjeturas para explicar esta horrible catástrofe; pero antes de tratar por nuestra parte de explicar las causas probables de la misma, es necesario describir el globo *Pax*.

He aquí la descripción que teníamos redactada antes de que el acontecimiento fatal viniera á destruir el resultado de tantos años de esfuerzos.

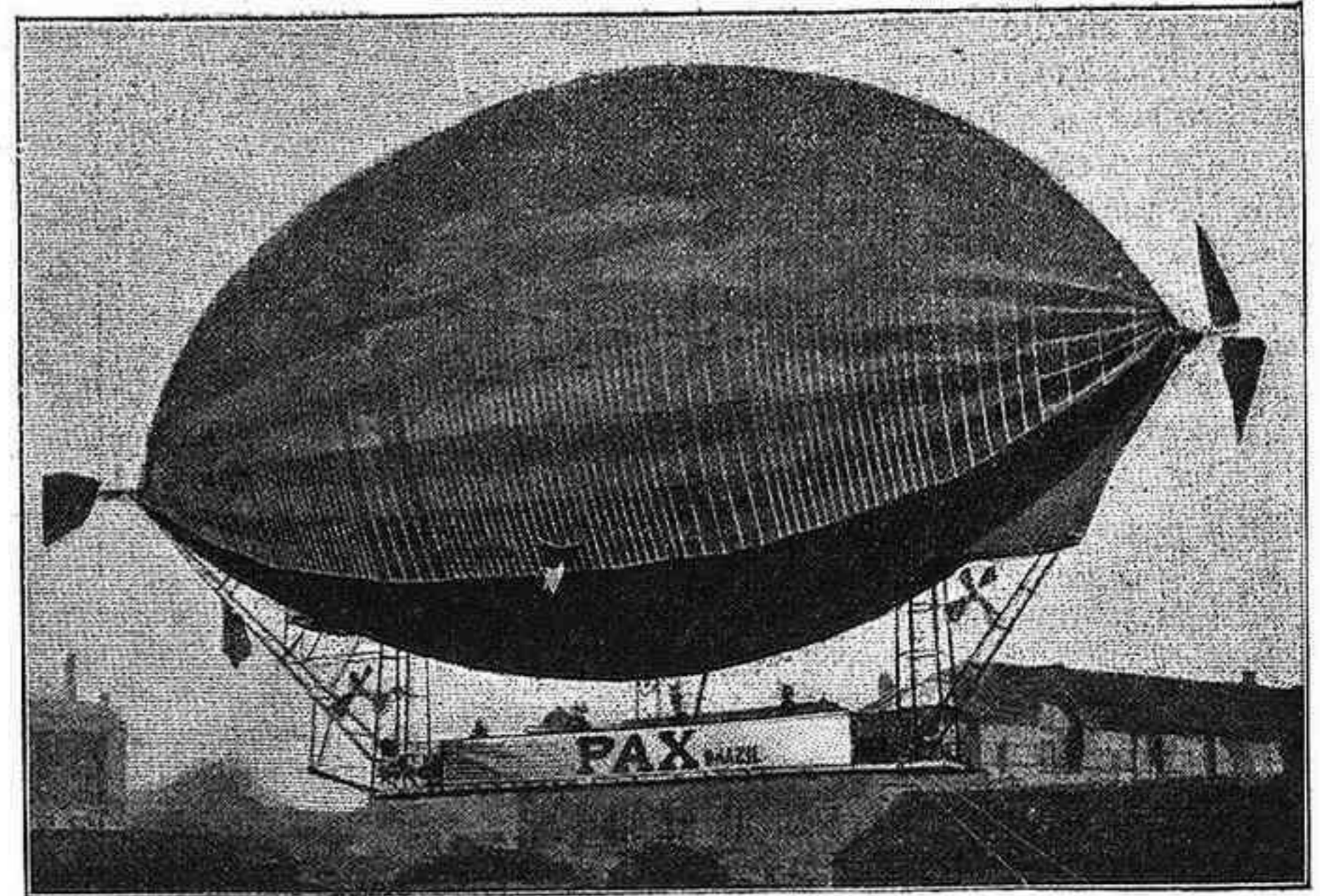
Suponiendo elevado el aeróstato propiamente dicho, el aparato afecta la forma de un caballete estrecho y alto compuesto de bambúes sólidamente ligados. La distancia de punta á punta es de 30 metros, y la misma longitud tiene el eje máximo del globo: la parte inferior del caballete constituye la navecilla, en cuyos extremos están los motores de petróleo de cuatro cilindros, el primero, de 24 caballos, situado en la popa, y el segundo, de 16, en la proa, pudiendo el aeronauta pasar libremente de uno á otro por el paso que forma el fondo de la barquilla.

Estos motores, por mediación de engranajes de fricción, obran sobre árboles verticales de tubo de acero, que á su vez, y por medio de engranajes en ángulo, comunican el movimiento de rotación á dos árboles horizontales, también de tubo de acero, que van á parar en las dos hélices propulsoras, dispuestas en los dos extremos del caballete. Cada motor pone además en movimiento un par de hélices, montadas sobre el mismo eje perpendicular al plano longitudinal de simetría.

Estas hélices laterales, según el sentido de su movimiento, imprimen al aeróstato una rotación en el plano horizontal, de modo que sirven en definitiva de timones.

Constituída de este modo la navecilla, y por tal entendemos todo el armazón que acabamos de describir, suspéndese encima de ella la envoltura del globo por medio de un sistema de poleas fijado en la armadura del cobertizo y todo está dispuesto para el henchimiento. Ahora bien, á medida que se dibuja la forma del globo, se ve que no presenta el as-

En aquel momento el aeróstato presenta su aspecto definitivo. El globo propiamente dicho tiene 30 metros de largo; su mayor diámetro, que primitivamente debía tener sólo 12 metros, ha sido aumentado hasta 13 por la adición de dos piezas suplementarias; no es completamente simétrico, sino que la cuaderna maestra está ligeramente aproximada á la proa. Sus dos extremos cónicos van fijados á los extremos del armazón de bambú, de modo que su longitud se mantiene constante, cualesquiera que sean los esfuerzos á que la envoltura esté sometida en las grandes velocidades. Las hélices propulsivas están exactamente colocadas en las dos puntas del eje mayor á fin de disminuir mucho el cabeceo, suprimiendo la cuaderna de enderezamiento, que se produce cuando la propulsión obra al nivel de la barquilla, es decir, á menudo á unos diez metros debajo del eje.



El globo *Pax*, inventado por M. Severo

El diámetro de las hélices es de cinco metros la de proa y seis la de popa, y giran con una velocidad de 150 vueltas por minuto en marcha normal: su forma es apropiada á las funciones algo distintas que el inventor les atribuye; la de proa abre camino y aparta el aire delante de la masa del globo; la de popa, que deja el espacio libre detrás de ella, desempeña el papel y tiene el aspecto de las hélices ordinarias.

El volumen total del gas encerrado en el globo es de 2.300 metros cúbicos, que dan una fuerza ascensional total de unos 2.600 kilogramos con el hidrógeno, y siendo el peso total de la envoltura, de la



RESTOS DEL GLOBO «PAX» EN LA AVENIDA DEL MAINE DESPUÉS DEL ACCIDENTE (de fotografías)

que lo observaban desde el parque de M. Lachambre, y entre los cuales estaba la esposa de Severo, vieron una llama á la altura de la barquilla, y en el mismo instante oyóse el ruido de una explosión, seguido inmediatamente de una detonación más fuerte: el buque acababa de estallar por la acción del fuego, y los restos sólidos del aparato caían con una rapidez vertiginosa. Entre los trozos del armazón de lo que había sido barquilla, yacían los cadáveres de

pecto de una superficie de revolución completa: es una pera prolongada á la cual se hubiese quitado una tajada, y este hueco, situado en la parte inferior y limitado naturalmente por dos tabiques de seda barnizada como el resto de la envoltura, está exactamente dispuesto para que al descender el globo lleno de gas cubra con precisión las partes altas del armazón de bambú sobre las cuales cabalga y que desaparecen en los flancos del monstruo.

barquilla, del armazón, de los motores y de los varios mecanismos de 2.100 kilogramos, quedaban sólo de 400 á 600 kilogramos para el lastre y los aeronautas. Tal era el aparato que Severo iba á lanzar á los aires con una confianza temeraria. Las disposiciones adoptadas podían sugerir graves objeciones á personas experimentadas; pero ¿qué inventor presta oídos á las críticas? Podía observarse que si las armazones de bambú ofrecen una solidez mayor cuando tienen

cierta elasticidad, las deformaciones que experimentan se prestan mal á la instalación de transmisiones en escuadra como las de este aparato. Desde los primeros ensayos Severo reconoció que las mesetas se calentaban de una manera peligrosa, inconveniente que salvó organizando rodaduras con bolas. Digamos, sin embargo, que el fuego no ha debido ser provocado por un calentamiento de esta naturaleza, porque las partes de madera que tenían las mesetas no están carbonizadas.

Pero el defecto capital del sistema estaba en la proximidad demasiado grande de los motores y de la envoltura llena de gas. Por poco que sea de temer el fuego con motores de esta naturaleza, es preciso preocuparse de todos modos de este peligro, pues ya se recordará el deplorable accidente ocurrido en 1897 al globo *Woelfest*, cuya navecilla y cuyo motor estaban aproximados en el extremo de la envoltura, y que ardió en el aire.

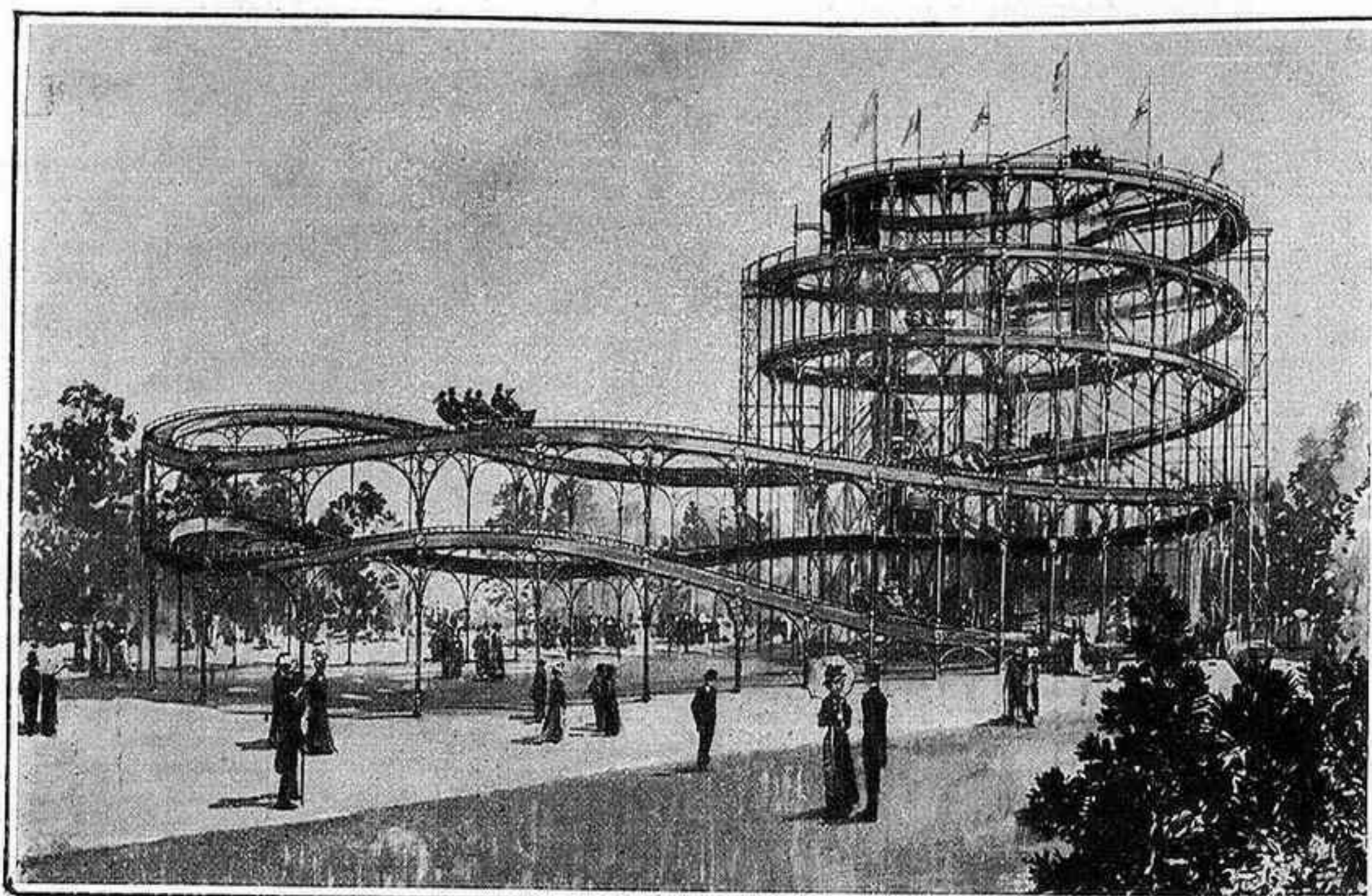
Ahora bien: ¿cuál ha sido la causa inicial de la catástrofe? ¿Hay que suponer, como creen algunos, que la envoltura del globo reventó á consecuencia de la tensión exagerada debida á la dilatación en una ascensión demasiado rápida y bajo la acción de un sol algo fuerte? No lo creemos. El globo estaba provisto en su parte inferior de dos válvulas automáticas, colocadas casi debajo de cada uno de los motores. Una de estas válvulas había sido condenada por Severo, pero la otra había de bastar para evacuar el exceso de gas. Además, el desgarró que esto hubiera producido no habría vaciado el aeróstato tan instantáneamente.

Parece bien demostrado, por el contrario, que la culpa del accidente la tuvo el fuego; en efecto, está demostrado que se vió primeramente una luz en la navecilla, y se ha comprobado que con exclusión de las demás partes de ésta, el motor de popa y las piezas que lo rodean eran los únicos que llevan las huellas del incendio; asimismo se ha podido ver que mientras el maquinista estaba horriblemente quemado, el cadáver de Severo no presentaba ninguna quemadura. De modo que el foco primitivo que provocó la explosión del globo estaba muy cerca del motor de popa, y sólo falta determinar cómo estalló el fuego.

Pudo suceder que el motor ardiera, como acontece á veces en los automóviles, y prendiera fuego á la mezcla detonante formada por el aire y el hidró-

geno evacuado por la válvula de seguridad, lo cual produjo la primera detonación que se oyó. Por otra parte, precisamente debajo del motor se encontraba la chimenea vertical por donde el árbol de transmi-

Sea ésta cual fuere, hay que deplorar la loca temeridad de los inventores que se lanzan á las aventuras sin adoptar todas las garantías que la experiencia enseña y sin siquiera haberse ensayado en la conducción de un globo ordinario. Severo, según tenemos entendido, había realizado tres ó cuatro ascensiones libres, lo cual es insuficiente para dominar la técnica; y si la conducción de una ascensión sencilla es tan difícil, ¿cuánto más lo será la de un globo dirigible! — G. E.



MONTAÑA RUSA EN LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE WOLVERHAMPTON (INGLATERRA)

sión penetraba hasta el centro del globo y que era un camino fácil por donde los gases inflamados han podido introducirse para incendiar la envoltura y provocar la segunda explosión.

Para hacer esta explicación más plausible, puede notarse que uno de los fondos del depósito de esencia está desoldado, al mismo tiempo que se observan huellas de carbonización en el bambú al cual estaba fijado. Sin embargo, una visita minuciosa del motor ha permitido comprobar que la flama no había ido al carburador.

Es más probable que la explosión del depósito fué consecutiva. A consecuencia de la proximidad del motor y de la válvula de seguridad, el gas proyectado en el aire, encendido por la rotación de la hélice y por las evoluciones del globo, al mismo tiempo que por el movimiento ascensional, bañaba necesariamente toda esta parte de la barquilla y pudo incendiarse al contacto del motor, tanto más fácilmente cuanto que por una imprudencia inconsciente Severo había suprimido el enrejado de seguridad con que el inventor había rodeado el aparato de encendido.

Tales son el estado de la cuestión y las conclusiones que de él pueden sacarse, esperando que un examen más profundo de los restos pueda permitir sentar una opinión definitiva.

magnífico Parque del Oeste, sus principales construcciones son: el Salón de la Industria, que mide 377 pies de longitud por 172 de anchura; el Salón de la Maquinaria, con 350 por 170; el Salón de Concursos, que tiene cabida para 2.000 personas; varios espaciosos restaurantes; un departamento para la prensa, y varios establecimientos de recreo. Los arquitectos que han dirigido estas obras son los señores Walker y Ramsay, de Glasgow. La puerta principal, de excepcionales dimensiones, está franqueada de torres de 120 pies de altura, con terrados, doradas cúpulas y minaretes verdes. Los puntos de vista más notables se hallan, por su mucha elevación, en el Salón de la Industria y en el de la Maquinaria.

Muy cerca de una magnífica cascada, que funciona movida por la electricidad, y que desde una altura de 100 pies se desliza con espantosa rapidez por un plano inclinado á la distancia de 625 pies, se levanta una espiral ó montaña rusa, con cómodos coches que, movidos también por la electricidad, dan vueltas como un torbellino en torno de una construcción cilíndrica de 300 pies de circunferencia, al principio muy despacio para que la vista pueda disfrutar del paisaje de los alrededores, y después con mucha velocidad.

Esta montaña rusa es la reproducida en el adjunto grabado.

MONTAÑA RUSA

El palacio construído para la Exposición universal de Wolverhampton ha sobrepujado por su desarrollo á las esperanzas de los promovedores de aquélla en beneficio del interés público. Con su espaciosa entrada y su conjunto lleno de atractivo, es además único por muchos de sus caracteres, y tiene vistas magníficas. Situado en un espacioso terreno del

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, Paseo de Gracia, 96, Barcelona

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

GARGANTA
VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente á los Señores PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emisión de la voz.—PRECIO: 12 REALES.
Exigir en el rotulo a firma
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

Frans. 5 fr. en Paris
PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPHÉLIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.
CANDÈS et C^{ie}
Pone y conserva el cutis limpio y terso

Jarabe Laroze
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastralgias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestión y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

JARABE
al Bromuro de Potasio
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S.-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la dentición; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.
Fábrica, Expediciones: J.-P. LAROZE & C^{ie}, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

LA SAGRADA BIBLIA
EDICIÓN ILUSTRADA
á 10 céntimos de peseta la entrega de 16 páginas
Se envían prospectos á quien los solicite dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
Curada por el Verdadero
Unico aprobado por la Academia de Medicina de París. — 50 Años de éxito.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE, DUSSEY**, 1, rue J.-J.-Rousseau, París.



Un bautizo en la montaña, cuadro del malogrado pintor Joaquín Vayreda, propiedad del Sr. Llobet

PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE B^U BARRAL
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

CIGARROS FUMOUBE-ALBESPEYRES
 73, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTIGYON
 FACILITA LA SALUDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
 LOS SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICIÓN.
 EXIJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

AVISO A LAS SENORAS
EL ANIOL DE LOS D^{OS} RES
JORET-HOMOLLE
 CURA
 LOS DOLORES, RETARDOS,
 SUPPRESSIONES DE LOS
 MENSTRUOS
 F^{IA} G. SÉGUIN - PARIS
 165, Rue St-Honoré, 165
 Y TODAS FARMACIAS y DROGUERIAS

Las
 Personas que conocen las
PILDORAS
 DEL DOCTOR
DEHAUT
 DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
 en BISMUTHO y MAGNESIA
 Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
 Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

COLORES PÁLIDOS
AGOTAMIENTO
GRAJEAS y ELIXIR
RABUTEAU
 El mejor y más económico
Ferruginoso.
 CLIN Y COMAR, PARIS. - En todas las Farmacias. 654

AGUA LÉCHELLE
HEMOSTÁTICA
 Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *Intestinos*, los *Espustos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
 PARIS. Rue Saint-Honoré, 165. - Depósito en TODAS BOTICAS y DROGUERIAS.

PAPEL WLINSI
 Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho*, *Catarros*, *Mal de garganta*, *Bronquitis*, *Resfriados*, *Romadizos*, de los *Reumatismos*, *Doloras*, *Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
 Exigir la Firma WLINSI.
 DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS y DROGUERIAS. - PARIS, 31, Rue de Selne.